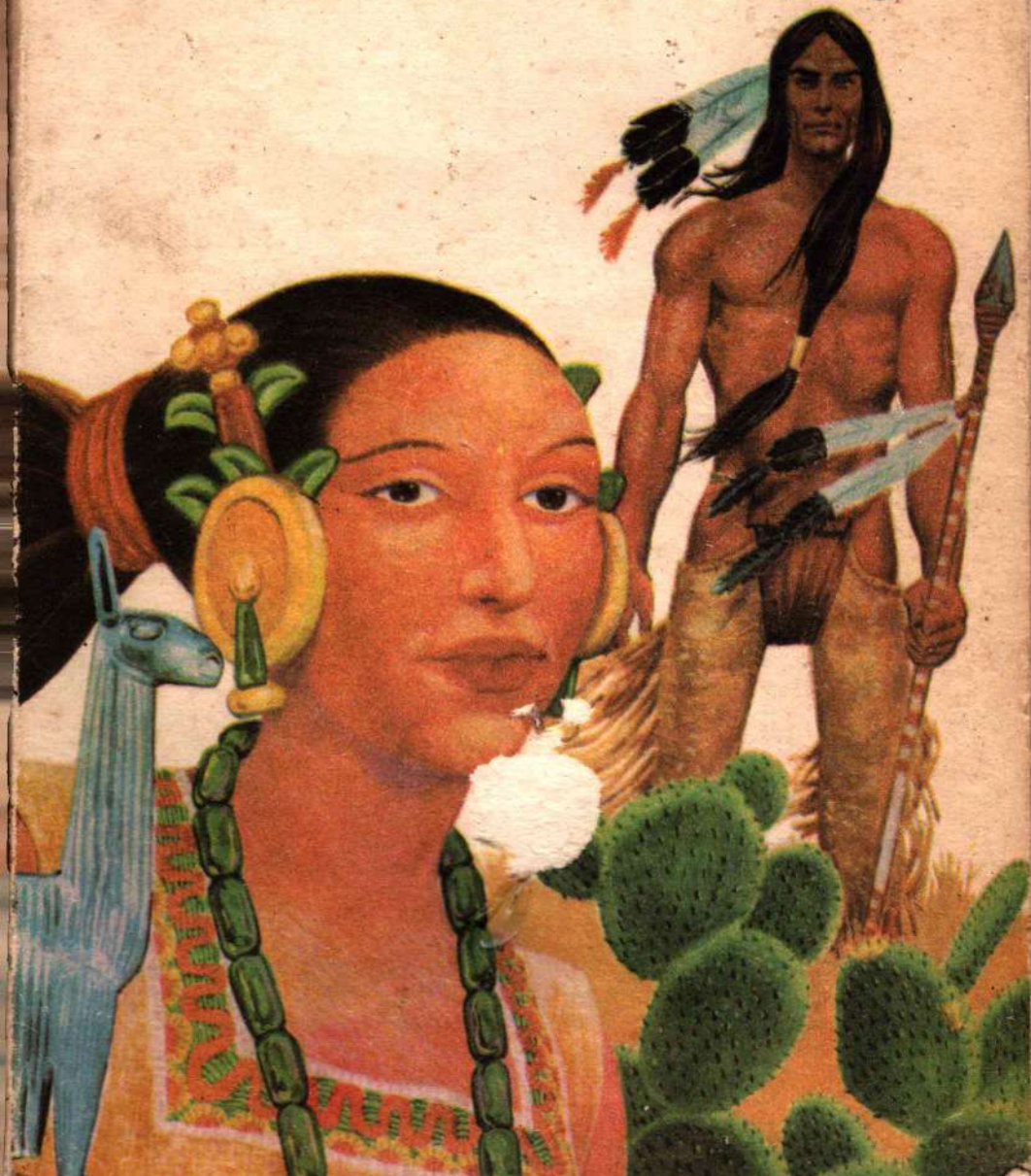
LEYENDAS AMERICANAS



Amigo lector:

A la Editorial Gente Nueva le gustaría saber lo que opinas acerca del libro que vas a leer. Te agradeceríamos que enviáras tu opinión o cualquier sugerencia a nuestra dirección: Editorial Gente Nueva, Palacio del Segundo Cabo, O'Reilly no. 4, esquina a Tacón, Habana Vieja, Ciudad de La Habana.

LEYENDAS AMERICANAS

Selección, introducción y notas
María Cristina Eduardo

INTRODUCCIÓN

La leyenda

La palabra «leyenda» proviene del latín legenda *(«cosas que deben leerse»), y al igual que casi todos los vocablos, éste también tiene múltiples acepciones.*

Nosotros, con esta selección, les ofrecemos la leyenda, como relato oral transmitido de generación en generación, donde, a partir de un primer impulso real (los fenómenos atmosféricos, la presencia del cerro o del río, la virtud de una planta, la característica física o la costumbre de un animal...), se teje una trama ficticia. Además, se ubican las acciones humanas y la existencia de las plantas, los animales y las cosas en un tiempo histórico y en un espacio verídico.

En estas leyendas, los principales protagonistas son los hombres, y la relación de éstos con el mundo circundante constituye el motivo. Los temas son múltiples y diversos, tanto como seres vivos y naturalezas muertas hay, sin olvidar la cosmogonía, las relaciones humanas, las mutaciones que se producen en el hombre y en su medio.

El conflicto se expresa mediante el enfrentamiento de los hombres entre sí, del hombre con los dioses que él mismo ha inventado o las vicisitudes del héroe que busca algún beneficio para su gente.

El tono casi siempre pesimista del relato es a causa de la incertidumbre y la dependencia total del hombre primitivo ante la naturaleza que desconoce, pues en el estado de desarrollo socioeconómico en que se encuentra, no puede explicarse racionalmente el mundo ni las leyes que lo rigen. Pero no obstante su primi-

genia ignorancia, comienza a cuestionarse algunos fenómenos: la cosmogonía, el nacimiento, las enfermedades, la muerte; la aparición, crecimiento y virtudes de las plantas; la vida de los animales y sus peculiaridades. Necesariamente todo esto tiene que preocupar al hombre primitivo; ante sí aparecen millones de interrogantes y «enigmas desentrañables». Es normal, pues, que en la formación de las leyendas desempeñen un papel importante las respuestas «lógicas» que el vínculo y la inmediatez con el entorno le van ofreciendo.

Sin embargo, no podemos repetir irreflexivamente que es sólo la explicación pueril de los sucesos la única motivación de las leyendas: el hombre fue y es un ser esencialmente social. Al sustituir la vida en la manada por la de la agrupación social, se ve obligado a variar sus relaciones fundamentales, porque las nuevas formas de vida en colectividad –a causa de las nuevas relaciones de producción– lo compelen a establecer normas elementales de convivencia. Ya el hombre no es parte amorfa de un rebaño; ahora son muchas las cuestiones que dependen del aporte individual. En el diario quehacer se va percatando de los elementos que convergen en el aseguramiento eficaz de la supervivencia del grupo. En este sentido, la leyenda es, además, un medio de comunicación, en su acepción más amplia, porque sirve tanto para reglamentar la conducta y la moral, como para preservar los conocimientos prácticos necesarios y la historia de los sucesos y personalidades más importantes de la colectividad.

Tiempos de leyenda

Aunque hemos dicho que la leyenda data de la infancia del hombre, no podemos encasillarla dentro de un espacio de tiempo medible; esto es así, hasta tal punto que hoy día se continúan creando. Van Gennep, en su libro La formación de las leyendas, afirma que «no hay que creer que la formación de las leyendas sea un fenómeno del pasado: nacen a cada instante...» Pero el autor no aclara el porqué de la producción de las leyendas en los tiempos modernos. Pues bien, en nuestro tiempo –siglo de la cibernética, rayo laser, viajes cósmicos y otros adelantos– hay todavía grupos humanos que viven en verdadero estado primitivo. En América, por ejemplo, podemos observar junto a capita-

les supercivilizadas la existencia de hombres en condiciones de gran atraso.

Muchas veces, al referirnos a la población indígena y al genocidio llevado a cabo contra ella, hablamos en pasado, como si en ese exterminio se hubiese logrado acabar con todos; pero no es así: él logró sobrevivir, y, en muchos casos, gracias a la valiente y tenaz resistencia que le ofreció al conquistador. Actualmente viven en toda la parte continental de América millares de indios, sobre todo en Guatemala, México, Estados Unidos, Ecuador, Perú, Bolivia y Venezuela. Ellos viven en un estado de suma pobreza, porque después de la Conquista siguieron siendo víctimas de los gobiernos oligárquicos nacionales o de la rapacidad imperialista.

En América la población indígena no ha cesado de luchar, incluso con las armas, contra quienes la mantienen sojuzgada, y la quieren seguir utilizando como bestias de trabajo, o conejillos de Indias en sus experimentos para reducir su número, cuando no para exterminarlos de la faz de la tierra. O sea, en el estado de subdesarrollo en que viven los pueblos de América, el indio, por pertenecer al estrato social más bajo, es el que vive en condiciones más precarias: hay hombres en gran parte de América que todavía «prenden el fuego tembloroso paleolítico y tejen con sus manos la cestería de la comunidad primitiva».

Como todo esto es el resultado de un desarrollo anormal de la sociedad, no se puede considerar natural el que aún sigan naciendo este tipo de leyendas. Su creación es un fenómeno del pasado.

Sin embargo, el hombre seguirá por siempre convirtiendo en relatos legendarios las historias de hechos o figuras que, por su grandeza y magnificencia, se propaguen de generación en generación y no pertenezcan a un autor individual, sino a la creación popular y colectiva.

Asimismo, siempre habrán facetas de la vida que se desconozcan, y, por supuesto, el hombre especulará, inventará, hará ficción.

Valores de las leyendas

- *Aunque están lejos de ser historia, las leyendas tienen valor de documento, porque nos muestran las costumbres, los hábitos y la lógica elemental del pensamiento precientífico del hombre.*

- *Las leyendas sirven y servirán de rica e inagotable fuente para crear obras artísticas: literatura, escultura, música, danza...*

- *El código moral que presentan las leyendas tiene valores universales e intemporales: generalmente vence el bien sobre el mal, aunque, a veces, la prepotencia y la maldad se imponen. Vemos, además, cómo se castigan la vanidad, la torpeza, el egoísmo, al tiempo que se exaltan la modestia, la inteligencia y la solidaridad humana.*

- *Las leyendas, que fueron creadas sin intención literaria, han devenido obra artística de la mejor, porque su poesía es el resultado del contacto íntimo del hombre con la naturaleza. Mirta Aguirre, en* Los caminos poéticos del lenguaje, *dice: Los primeros poetas fueron, pues, los hombres primitivos, los niños del género humano.» Y continúa: «No eran mentes para un gran desarrollo del pensamiento abstracto. La imagen les era más asequible que el concepto. Y por eso fueron, fundamentalmente, mentes poéticas.»*

Las leyendas americanas

En las leyendas americanas se cumplen las leyes generales que rigen en todas partes del mundo. En ellas abundan los temas que explican el origen vegetal, y es lógico, a causa de la riquísima y variada flora americana, sus peculiaridades y virtudes curativas. Asimismo, son muchas las que tratan sobre las características y hábitos de los animales; y en las civilizaciones donde se desarrolló el sistema de castas, como las del imperio incaico y el azteca, se crean leyendas de guerra y de otra índole.

Un elemento que ha sido preocupación del hombre primitivo de América es el fuego, sobre todo en las regiones frías, donde se utiliza no sólo para cocinar los alimentos, sino también como abrigo en los difíciles días de crudo invierno. De esta manera, el fuego ha originado leyendas, en las cuales un animal es el que

en una gran parte de América donde el maíz es base de la alimentación del hombre, se le atribuyen a esa planta poderes sobrenaturales, y hasta lo consideran en algunas civilizaciones como el origen del hombre mismo.

En cambio, hay grupos que tienen como cultivo fundamental la yuca, esos son los sudamericanos cercanos a las costas: araguacos y caribes del Continente, los caribes y taínos insulares, quienes elaboran con ella el casabe, que constituye la principal fuente de alimentación para el antillano, y, por lo tanto, también la deifican.

Con esta pequeña selección de la literatura oral amerindia –no hemos querido incluir las que tengan relación con los europeos– queremos mostrarte, joven lector, qué es una leyenda.

Aquí no encontrarás sólo los relatos de las civilizaciones que alcanzaron mayor esplendor, pues incluimos además leyendas locales, pertenecientes a grupos menos conocidos, pero que, como podrás ver, poseen también una rica tradición oral.

LEYENDAS DE NORTEAMÉRICA

El fuego evidentemente fue un elemento importante en la vida del hombre primitivo. James George Frazer dice que: «De todas las invenciones humanas, el descubrimiento del fuego ha sido probablemente el más trascendental y de más largas proyecciones.»

En esta leyenda de los indios de Norteamérica –una de las zonas más frías del Continente– el tema del fuego es recurrente.

El coyote, a quien se le atribuye en algunas civilizaciones de América la paternidad de la raza humana, encabeza la conquista del elemento, en una carrera de relevos, donde participa de manera activa el hombre. Luego de conseguido el fuego, la tarea es conservarlo, cuidarlo para que no se extinga.

LA CONQUISTA DEL FUEGO

Era en aquellos lejanos días en que los hombres entendían el lenguaje de los animales, y en que el astuto coyote gris era el buen amigo del indio.

En una tribu vivía un muchacho joven, de duras piernas ágiles y mirada penetrante e inquieta.

Vivía en la tribu, pero saltaba en los bosques, subía a los picos y vadeaba los ríos junto con su inseparable coyote, compañero en el sueño y en la caza.

Muchas veces se habían detenido a mirar cómo los hombres atrapaban los peces entre las grietas de las rocas del río, y cómo las mujeres desenterraban frescas raíces cavando la tierra con afiladas piedras. Era en los largos y tibios días del verano.

Pero al llegar el invierno, las gentes corrían entre la nieve, huyendo del frío enemigo, y se hundían desoladas en el fondo oscuro de las cavernas.

El muchacho miraba con duro gesto pensativo la angustia de su pueblo, miserable y sin defensa bajo el cielo helado.

–Tú –le dijo al coyote– no sientes los cuchillos del frío, porque tienes la piel peluda y gorda, pero ellos tiemblan y mueren. Dime, amigo mío, tú que diriges mis pasos en la caza; dime qué podría yo hacer para que mi pueblo no sufra tanto.

Nada dijo el coyote, y aquella noche no durmió junto a su amigo. Y no volvió a su lado hasta pasados muchos días con sus noches largas.

Habló entonces el coyote:

–Yo sé lo que tienes que hacer, pero es más difícil que todo cuanto tú has hecho hasta ahora.

–Dímelo. Yo puedo hacer todo lo que no sea imposible.

–Tendrás que ir a la Montaña de Fuego a robar un poco de aquella lumbre y traerla a tu pueblo.

–Y ¿qué es el fuego?, ¿qué es la lumbre? –preguntó el muchacho.

–El fuego es hermoso como una flor roja, pero no es una flor; corre por entre la hierba y la devora como una bestia, pero no es una bestia; es feroz y cruel y, sin embargo, si se le hace una cama entre piedras y se le entregan ramas de árbol para que pueda comer, es un hermano bueno que acaricia el aire y a los hombres y las cosas con grandes y brillantes lenguas calientes. Si consigues traerlo, tu pueblo podrá tener el calor guardado, como si guardara un pedazo de sol.

–Sí, yo traeré ese fuego. Ayúdame –dijo el indio.

Fue primero a pedir a los ancianos de la tribu cien mozos fuertes y de pies ligeros. Y todos se pusieron en marcha, guiados por el coyote, hacia la Montaña de Fuego.

Al final de la primera jornada dejaron en un sendero al más débil de los corredores. Allí tendría que descansar y esperar. Cuando terminó el segundo día de camino, se quedó también otro mozo a la espera. Y así fueron quedándose, uno por cada día, durante cien días de camino. El muchacho de duras piernas ágiles y el coyote se quedaron solos en la última etapa del viaje.

Atravesaron llanos, treparon por los montes y, al fin, llegaron junto al río grande que corre sobre arenas doradas al pie de la Montaña de Fuego.

La montaña llegaba hasta las nubes y tenía en la cima como una gran sombrilla de humo espeso. Por la noche los espíritus del fuego corrían y danzaban por las laderas como grandes llamas, y el río grande brillaba como si se hubieran incendiado sus aguas.

El coyote le dijo al muchacho:

–Espérame aquí. Voy a traerte un pedazo de lumbre de la montaña. Espera alerta y preparado. Yo llegaré ya rendido y tú tendrás que seguir corriendo, pues los espíritus del fuego te perseguirán.

Comenzó a subir el coyote por las laderas de la montaña, escondiéndose detrás de las piedras, pero los espíritus del fuego lo descubrieron y, al verlo tan flacucho y sucio, se burlaron de su aire inofensivo.

Pero al llegar la noche, cuando los espíritus comenzaron sus juegos y sus danzas en grandes llamas, el coyote se apoderó de una gran rama ardiendo y huyó con ella, montaña abajo, rá-

pido y recto. Las llamas corrían tras él con ruido de fieras encendidas.

Vio el muchacho descender al coyote en la noche lo mismo que una estrella que huye en el cielo. Los espíritus del fuego lo seguían como un río de lumbre. Se acercaba la chispa brillante... ¡Se acerca!... ¡Ya llega!... Allí está. El valiente animal cae al suelo, anhelante y sin fuerzas. Coge rápido el muchacho la rama encendida, y corre, ¡corre!... Los espíritus del fuego hechos llamas corren fieros tras él, pero el muchacho corre y va como una saeta hasta llegar al primer corredor que aguarda con la mano en alto para recibir la antorcha. Y parte con ella, veloz como una flecha lanzada por el arco. Y pasa así la antorcha de mano en mano, sin detenerse. Y los espíritus del fuego persiguen furiosos la llama robada, hasta las montañas de nieve, que ya no pueden franquear...

Siguió la luz en el aire, pasando de mano en mano de los corredores, y era amarilla y bella en el día, como un trozo de sol, y era en la noche maravillosamente roja.

Llegó la antorcha al último hombre y de él a la tribu, y allí le hicieron los hombres un lecho entre piedras en medio de la caverna, y la alimentaron amorosamente con ramas secas.

Desde entonces las gentes se alegraron al amor de aquella lumbre, enemiga del frío. Y el noble muchacho indio fue ya por todos conocido como el valeroso conquistador del fuego.

También el coyote, desde entonces, puede mostrar por siempre la marca de su acción generosa, pues hasta sus descedientes han conservado en sus flancos la piel amarillenta y como tostada, en recuerdo de su brava hazaña.

(Leyenda norteamericana)

Los esquimales habitan en su gran mayoría en el borde septentrional del Continente norteamericano.

Su alimentación se la procuran mediante la caza y la pesca. El mar es para ellos una inagotable fuente de alimentos. Poseen una coherente cultura espiritual, que tiene mucho que ver con su clima y su mundo físico concreto.

Kaj Birket-Smith en su obra sobre los esquimales nos relata que: «El centro básico de la comunidad esquimal lo constituye la más antigua de todas las instituciones sociales: el matrimonio.»

Además, el autor explica que se considera contranatural el celibato, y el joven esquimal debe tomar compañera tan pronto pueda procurarse el sustento mediante la caza.

LA CREACIÓN DE LA MUJER

Un niño se despertó. Estaba sentado solo, en un pequeñísimo trozo de corazón, que flotaba en el aire. El niño se hizo pequeño y el trozo de corazón se hizo más y más pequeño. Quería alargar sus brazos y coger bayas, comerlas y hacerse mayor.

Y el corazón creció y se hizo grande, grande, al mismo tiempo que el niño. Cuando el niño empezó a andar, el corazón se hizo tan grande, que podía cazar en una gran extensión sin alcanzar sus orillas. Así vivió muy feliz: tenía el Sol, que brillaba, la carne de caribú para comer y el agua fresca para beber.

Pero conforme se hacía mayor, se encontraba cada vez más solo. Algunas veces se encontraba tan solo, que no sentía ni siquiera deseos de cazar. No pensaba en comer o beber. Únicamente deseaba no hallarse tan solo, en el gran mundo.

Por eso, rogó al Gran Espíritu: «Hazme una merced. Dame un compañero que se parezca a mí, con el cual pueda hablar, con el que ya no me encuentre tan solitario.»

Un día, el jovencito se despertó y vio a alguien descansando a su lado. El joven miró a su alrededor: el Gran Espíritu había escuchado su ruego y le había enviado un compañero. En adelante ya no se encontraría tan solo. Su corazón latió deprisa, pues el compañero que le había enviado el Gran Espíritu para que el hombre fuese feliz, era distinto del hombre, y yacía dormido e inmóvil.

El hombre estuvo un rato esperando que se despertase tan bella persona, pero no se despertaba. El hombre acarició suave y dulcemente su piel y estrujó sus largos cabellos. Tocó con sus dedos los párpados de la mujer, y ésta, abriendo sus ojos, lo miró.

Entonces, ella se levantó y empezó a preparar la comida para los dos.

Ellos viven todavía.

(Leyenda esquimal)

Según la creencia de los indios pawnees la mujer embarazada no debe mirar fijamente ningún animal, porque al nacer el niño corre el riesgo de parecerse a él. En esta leyenda ese atributo se le transfiere al hombre, al padre.

Entretanto, el oso, a quien durante todo el relato se le considera el tótem, cubre el cráneo desnudo del hombre con una piel de su especie.

En la leyenda queda entre líneas lo que logra finalmente este hombre-oso, la danza de los pawnees.

EL HOMBRE OSO

Una vez había un niño que cuando jugaba solía imitar las maneras de un oso y hasta pretendía que lo era. Los niños no sabían mucho acerca de los osos. Únicamente sabían que era un animal.

Pero sucedió que antes de que este muchacho naciese, su madre se había marchado de la casa, porque el padre se había ido a la guerra. Esto había sucedido antes de que el niño naciese.

Cuando el padre se fue a luchar, se encontró un cachorrito de oso, muy pequeño y desvalido, y le pareció al hombre un niño pequeño. Lo miró y lloró por él, no sabía qué otra cosa podía hacer: no quería matarlo ni tampoco dejarlo. Después de pensar un rato, le puso un cordón alrededor del cuello y le dejó algunas hojas para fumar. Luego le dijo:

Piraú-niño, tú eres un Nahuac. Tiráwa te creó y te cuidó. Él se ocupará de ti, pero yo te pongo estas cosas alrededor del cuello para que veas que tengo buenos sentimientos hacia ti. Espero que cuando mi hijo nazca, el Nahuac lo cuidará y verá cómo se hace un hombre bueno, y que Tiráwa cuidará de ti y de mi hijo.

Después de estas palabras, el hombre estuvo mirando el osito un buen rato; luego, continuó su camino.

En llegando el hombre de la guerra, contó a su mujer el encuentro que tuvo con el osito, y cómo lo había cuidado, y hablado con él.

Cuando el niño nació tenía todo el aspecto de un oso. Y conforme iba creciendo se iba pareciendo más y más a un oso. Muchas veces deseó el niño no ser como un oso, y así rogaba a Oso para no parecerse a él. Otras veces acostumbraba decir en forma graciosa a sus compañeros que podía convertirse en un oso.

El niño creció, se hizo hombre. Y cuando fue a la guerra con un grupo de jóvenes, enseguida lo hicieron jefe de éste grupo. Pasaron sobre el Agua Corredora, y cuando llegaron a un pueblo los descubrieron los sioux, los cuales los persiguieron, los rodearon y los atacaron. Como eran tantos sus enemigos, los pawnees fueron derrotados y todos quedaron muertos.

La región donde sucedió esto es muy rocosa, y crecen allí muchos cedros. Allí vivían también muchos osos. La batalla sucedió por la mañana, y los pawnees fueron muertos.

Después de la lucha, por la tarde, llegaron al lugar dos osos. Al pasar por el lugar donde estaba un montón de pawnees muertos, la osa reconoció en uno de los cuerpos el del muchacho que se parecía a un oso.

Ella llamó entonces al oso, y le dijo:

–Aquí hay un hombre que fue siempre muy bueno con nosotros. Sacrificaba su tabaco, y siempre que comía, nos daba a nosotros. Aquí hay un hombre que siempre nos imitaba, contaba con nosotros y hablaba de nosotros. ¿Puedes hacer algo por él?

Entonces el oso dijo:

–Temo que no podré hacer nada. Yo no tengo ese poder, pero lo intentaré. No puedo hacer nada si el sol no está brillando, pues me parece tener más poder con su brillo sobre mi cabeza.

Aquel día era nuboso, frío y con nieve. Algunas veces las nubes pasaban y el sol salía durante unos minutos, pero luego las nubes lo volvían a cubrir de nuevo.

El hombre estaba cortado en pedazos, en pequeños trozos, porque había sido el más valiente de todos. Los dos osos fueron recogiendo los pedazos del hombre y los juntaron; entonces el oso fue colocando los pedazos hacia abajo, mientras se lo ponía junto al pecho, al mismo tiempo que la osa ponía su cabeza para dar calor al cuerpo inerte del hombre. Estando así, los osos trabajaron con sus medicinas sobre el cuerpo del hombre. El oso gritó:

–¡Atius, Padre, ayúdame! Deseo que brille el sol.

Al cabo de un rato, el hombre empezó a calentarse, y muy pronto respiró un poco. A pesar de estar aún cortado en trozos, el cuerpo del hombre empezaba a vivir.

Cuando volvió en sí por completo y abrió los ojos, el hombre vio a los dos osos. El oso le dijo:

–Me alegra que estés viviendo. Fue la osa quien intercedió para que te ayudase y te trajese a la vida. Pero no estás completamente bien. Por eso debes venir a vivir una temporada con nosotros hasta que estés curado de tus heridas.

Los osos se llevaron al hombre consigo. El hombre aún estaba cortado en pedazos.

El hombre, viviendo con los osos, fue viendo su modo de vida. Los osos le enseñaban todo lo que sabían. Un día el oso le dijo:

–Ninguno de los seres que andan por el campo son tan buenos y amables como los osos. Ningún animal se iguala a nosotros. Tiráwa me hizo bueno. Se me ha creado para que viva aquí y sea bueno y lo seré hasta el fin de mis días, lo mismo que a todos los que ha creado Tiráwa con corazón. Tú debes mirar siempre a tu alrededor, para dar lo que puedas. Tú serás bueno en la guerra y bueno en la paz. Ahora que ya estás bien, yo te llevaré a tu casa. Yo velaré por ti. Te daré una parte de mí mismo. Si me matan, tú morirás. Si llego a viejo, tú también alcanzarás larga edad.

El oso siguió explicando al hombre lo que debía hacer. Le dijo que él –el hombre– dependía del cedro, que siempre estaba verde y joven. Le dijo que tomara ejemplo de ese árbol. Además le aconsejó lo siguiente:

–Cuando estés en tu casa y truene y relampaguee, tira una rama de cedro al fuego y deja subir el humo; pero hazlo con rapidez.

El oso, tomando una piel de oso, le hizo una capa al hombre para cubrir su desnudo cráneo. Sus heridas ya se habían curado y se encontraba sano y fuerte.

La gente de su pueblo ya se había olvidado de él. Había pasado mucho tiempo de aquella guerra y la gente suponía que todos los guerreros habían muerto en ella.

Cerca ya de la aldea, el oso le dijo al hombre:

–Ve al pueblo y dile a tu padre que estás aquí. Luego, tráeme un trozo de carne de búfalo, una cuenta azul, un poco de tabaco y algunos dulces.

El padre se sorprendió y se alegró mucho al verlo. Luego, le dio los regalos para el oso.

Cuando ya se separaban, el oso volvió sobre sus pasos, rodeó al hombre con sus patas y lo abrazó fuertemente, mientras ponía su boca en la del hombre, y le decía:

–Como mi piel te toca, te hace grande.

Luego, con las garras tocó las manos del hombre, y dijo:

–Como mis manos han tocado las tuyas, se han hecho buenas y no harán nada malo. He frotado mis manos con las tuyas para que pienses lo mismo que yo. Como mi boca ha tocado la tuya, tú serás como yo.

Dicho esto, se marcharon los osos. Así, este hombre fue valiente y bueno toda su vida: parecía un oso. Él fue quien inventó la danza de los osos, que todavía se baila entre los pawnees. Llegó a ser viejo y murió muy anciano. El viejo oso murió al mismo tiempo.

(Leyenda pawnee)

LEYENDAS DE CENTROAMÉRICA

La civilización maya, ubicada en lo que es hoy Guatemala y Yucatán, tenía un gran desarrollo durante la época precolombina. Era esencialmente agrícola, pero en sus ciudades-estados se desarrolló el arte, una incipiente industria y el comercio.

En esta leyenda, vemos la lucha de dos muchachos, semidioses, que se comportan como simples mortales en lucha contra la prepotencia de Cabracán. Es bueno decir que las investigaciones hechas han revelado que en esa sociedad (la maya clásica) existió la lucha de clases, e inclusive se plantean hipótesis acerca de rebeliones de los campesinos contra la teocracia.

HISTORIA DE CABRACÁN

El tercero de los soberbios era el segundo hijo de Vucub-Caquix, que se llamaba Cabracán.

–¡Yo derribo las montañas! –decía.

Pero Hunahpú e Ixbalanqué vencieron también a Cabracán. Huracán, Chipi-Caculhá y Raxa-Caculhá hablaron y dijeron a Hunahpú e Ixbalanqué:

–Que el segundo hijo de Vucub-Caquix sea también vencido. Ésta es nuestra voluntad. Porque no está bien lo que hace sobre la tierra, exaltando su gloria, su grandeza y su poder, y no debe ser así. Llévenlo con halagos allá donde nace el sol –les dijo Huracán a los dos jóvenes.

–Muy bien, respetable Señor –contestaron éstos–, porque no es justo lo que vemos. ¿Acaso no existes tú, tú que eres la paz, tú, Corazón del Cielo? –dijeron los muchachos mientras escuchaban la orden de Huracán.

Entretanto, Cabracán se ocupaba en sacudir las montañas. Al más pequeño golpe de sus pies sobre la tierra, se abrían las montañas grandes y pequeñas. Así lo encontraron los muchachos, quienes preguntaron a Cabracán:

–¿A dónde vas, muchacho?

–A ninguna parte –contestó–. Aquí estoy moviendo las montañas y las estaré derribando para siempre –dijo en respuesta.

A continuación les preguntó Cabracán a Hunahpú e Ixbalanqué:

–¿Qué vienen a hacer aquí? No conozco sus caras. ¿Cómo se llaman? –dijo Cabracán.

–No tenemos nombre –contestaron aquéllos–. No somos más que tiradores con cerbatana y cazadores con liga en los montes. Somos pobres y no tenemos nada que nos pertenezca, muchacho. Solamente caminamos por los montes pequeños y grandes,

muchacho. Y precisamente hemos visto una gran montaña, allá donde se enrojece el cielo. Verdaderamente se levanta muy alto y domina la cima de todos los cerros. Así es que no hemos podido coger ni uno ni dos pájaros en ella, muchacho. Pero ¿es verdad que tú puedes derribar todas las montañas, muchacho? –le dijeron Hunahpú e Ixbalanqué a Cabracán.

–¿De veras han visto esa montaña que dicen? ¿En dónde está? En cuanto yo la vea, la echaré abajo. ¿Dónde la vieron?

–Por allá está, donde nace el sol –dijeron Hunahpú e Ixbalanqué.

–Está bien, enséñenme el camino –les dijo a los dos jóvenes.

–¡Oh, no! –contestaron éstos–. Tenemos que llevarte en medio de nosotros: uno irá a tu mano izquierda y otro a tu mano derecha, porque tenemos nuestras cerbatanas, y si hubiere pájaros, les tiraremos.

Y así iban alegres, probando sus cerbatanas; pero cuando tiraban con ellas, no usaban el bodoque de barro en el tubo de sus cerbatanas, sino que sólo con el soplo derribaban a los pájaros cuando les tiraban, de lo cual se admiraba grandemente Cabracán.

Enseguida hicieron un fuego los muchachos y pusieron a asar los pájaros en el fuego, pero untaron uno de los pájaros con *tizate*, y lo cubrieron de una tierra blanca.

–Esto le daremos –dijeron– para que se le abra el apetito con el olor que despide. Este nuestro pájaro será su perdición. Así como la tierra cubre este pájaro por obra nuestra, así daremos con él en tierra y en tierra lo sepultaremos.

–Grande será la sabiduría de un ser creado, de un ser formado, cuando amanezca, cuando aclare –dijeron los muchachos.

–Como el deseo de comer un bocado es natural en el hombre, el corazón de Cabracán está ansioso –decían entre sí Hunahpú e Ixbalanqué.

Mientras estaban asando los pájaros, éstos se iban dorando al cocerse, y la grasa y el jugo que de ellos se escapaban despedían el olor más apetitoso. Cabracán sentía grandes ganas de comérselos; se le hacía agua la boca, bostezaba y la baba y la saliva le corrían a causa del olor excitante de los pájaros.

Luego les preguntó:

–¿Qué es esa comida? Verdaderamente es agradable el olor que siento. Denme un pedacito –les dijo.

Le dieron entonces un pájaro a Cabracán, el pájaro que sería su ruina. Y en cuanto acabó de comerlo, se pusieron en camino y llegaron al oriente, donde estaba la gran montaña. Pero ya entonces se le habían aflojado las piernas y las manos a Cabracán, ya no tenía fuerzas a causa de la tierra con que habían untado el pájaro que se comió, y ya no pudo hacerles nada a las montañas, ni le fue posible derribarlas.

Enseguida lo amarraron los muchachos. Le ataron los brazos detrás de la espalda y le ataron también el cuello y los pies juntos. Luego lo botaron al suelo, y allí mismo lo enterraron.

De esta manera fue vencido Cabracán tan sólo por obra de Hunahpú e Ixbalanqué. No sería posible enumerar todas las cosas que éstos hicieron aquí en la Tierra.

(Leyenda maya-quiché)

Esta leyenda que es del Popol Vuh, *libro de los maya-quiché de Guatemala, refleja hasta qué punto fue importante el cultivo del maíz entre los pobladores de ese pueblo, y en general, en Centroamérica. Aunque en los mismos maizales también se hacían otros cultivos, como el frijol, la calabaza, la yuca, el tomate.*

Manuel Galich nos dice en Nuestros primeros padres *que «Chac, dios del maíz, era, si no el más eminente, el favorito del culto común, como correspondía al rector de las lluvias en una civilización cuyo fundamento era la agricultura».*

En la leyenda los hombres explican su origen, sus aptitudes y limitaciones.

LA CREACIÓN DE LOS HOMBRES DE MAÍZ

Y después dijeron los Progenitores, los Creadores y Formadores, que se llamaban Tepeu y Gucumatz: «Ha llegado el tiempo del amanecer, de que se termine la obra y que aparezcan los que nos han de sustentar y nutrir, los hijos esclarecidos, los vasallos civilizados. Que aparezca el hombre, la humanidad sobre la superficie de la tierra.»

Estos son los nombres de los animales que trajeron la comida: Yac (el gato de monte), Utiú (el coyote), Quel (una cotorra llamada chocoyo) y Hoh (el cuervo). Estos cuatro animales les dijeron que fueran al pueblo de Paxil y les enseñaron el camino.

Y de esta manera se llenaron de alegría, porque habían descubierto una hermosa tierra, llena de deleites, abundantes en mazorcas amarillas y mazorcas blancas, y abundante también en cacao y en innumerables zapotes, anonas, jocotes, nances, matasanos y miel. Abundancia de sabrosos alimentos había en aquel pueblo llamado de Paxil.

Había alimento de todas clases, alimentos pequeños y grandes, plantas pequeñas y grandes. Los animales enseñaron el camino. Y moliendo entonces las mazorcas amarillas y las mazorcas blancas hizo Ixmucané, la diosa adivina, nueve bebidas. Y de este alimento provinieron la fuerza y la gordura, y con él crearon los músculos y el vigor del hombre. Esto hicieron los Progenitores, Tepeu, dios creador, y Gucumatz, padre y madre de todo lo que hay en el agua.

A continuación entraron en pláticas acerca de la creación y la formación de nuestra primera madre y padre. De maíz amarillo y de maíz blanco se hizo su carne; de masa de maíz se hicieron los brazos y las piernas del hombre... Únicamente masa de maíz

entró en la carne de nuestros padres, los cuatro hombres que fueron creados.

Se dice que ellos sólo fueron hechos y formados, no tuvieron madre, no tuvieron padre. Sólo por un prodigio, por obra de encantamiento, fueron creados y formados por el Creador, el Formador, los Progenitores: Tepeu y Gucumatz. Y como tenían la apariencia de hombres, hombres fueron. Hablaron, conversaron, vieron y oyeron, anduvieron, agarraban las cosas. Eran hombres buenos y hermosos y su figura era de varón.

Fueron dotados de inteligencia. Vieron y al punto se extendió su vista, alcanzaron a conocer todo lo que hay en el mundo. Cuando miraban, al instante veían a su alrededor y contemplaban en torno a ellos la bóveda del cielo y la faz redonda de la tierra.

Las cosas ocultas por la distancia las veían todas, sin tener primero que moverse; enseguida, veían el mundo desde el lugar donde estaban. Grande era su sabiduría. Su vista llegaba hasta los bosques, las rocas, los lagos, los mares, las montañas y los valles.

Estos son los nombres de los primeros hombres que fueron creados y formados: el primer hombre fue Balam-Quitzé; el seguńdo, Balam-Acab; el tercero, Mahucutah; y el cuarto, Iqui-Balam.

Entonces les preguntaron el Creador y el Formador:

–¿Qué piensan de su estado? ¿No miran? ¿No oyen? ¿No son buenos su lenguaje y su manera de andar? ¡Miren, pues! ¡Contemplen el mundo, vean!

–Hemos sido creados, se nos ha dado una boca y una cara, hablamos, oímos, pensamos y andamos. Sentimos perfectamente y conocemos lo que está lejos y lo que está cerca. Vemos también lo grande y lo pequeño en el cielo y en la tierra. Les damos gracias, pues, por habernos creado, ¡oh, Creador y Formador!, por habernos dado el ser, ¡oh, abuela nuestra!, ¡oh, nuestro abuelo! –dijeron dando las gracias por su creación y formación.

Acabaron de conocerlo todo y examinaron los cuatro rincones y los cuatro puntos de la bóveda del cielo y de la faz de la tierra.

Pero el Creador y el Formador no oyeron esto con gusto.

–No está bien lo que dicen nuestras criaturas, nuestras obras. Todo lo saben, lo grande y lo pequeño –dijeron.

Y así celebraron consejo nuevamente los Progenitores.

–¿Qué haremos ahora con ellos? ¡Que su vista sólo alcance a lo que esté cerca, que sólo vean un poco de la faz de la tierra! ¡No está bien lo que dicen! ¿Acaso no son por su naturaleza simples criaturas y hechuras? ¿Han de ser ellos también dioses? ¿Y si no procrean y se multiplican cuando amanezca, cuando salga el sol? ¿Y si no se propagan? –así dijeron.

–Refrenemos un poco sus deseos, pues no está bien lo que vemos. ¿Por ventura se han de igualar ellos a nosotros, sus autores, que podemos abarcar grandes distancias, que lo sabemos y vemos todo?

Entonces el Corazón del Cielo les echó un vaho sobre los ojos, los cuales se empañaron. Sus ojos se velaron y sólo pudieron ver lo que estaba cerca.

Así fue destruida su sabiduría y todos los conocimientos de los cuatro hombres, origen y principio de la raza quiché.

Así fueron creados y formados nuestros abuelos, nuestros padres, por el Corazón del Cielo, el Corazón de la Tierra.

(Leyenda maya-quiché)

En esta leyenda maya podemos observar cómo se reitera el tema del amor contrariado, y además sirve para darnos un contexto real, de costumbres y conocimientos. Así, pues, aparece la tragedia del joven; pero también la de los miembros de la comarca al ver a uno de sus mejores guerreros muy afligido y cambiado. Además, en la leyenda se hace alusión a la X'men o curandera del pueblo y a sus propiedades mágicas.

Asimismo, se nombra el Xnuc-ek (Venus), y es que los mayas llegaron a conocer tan bien los cuerpos celestes que, inclusive, podían predecir los eclipses y la ascensión y declinación de este planeta.

Era una de las más florecientes poblaciones de la región, y la habitaban, por consecuencia, familias muy distinguidas. A una de éstas pertenecía un joven guerrero, muy apuesto por cierto, toda vez que había hecho furor entre las doncellas de la comarca, a quienes se les iban los ojos tras él. Por otra parte, había llevado a cabo tantas y tan espléndidas victorias, que su fama se había extendido hasta más allá de los límites de las tierras que habitaba el numeroso pueblo maya. Llevaba siempre, como emblema de su bravura, una cabeza de tigre bordada en el pecho.

Este doncel frecuentemente visitaba los bosques de los contornos, ya para ejercitarse en el manejo de las armas, ya para recrearse, dando batidas en la selva, matando fieras, en cuyo ejercicio era muy diestro. Un día, persiguiendo un hermoso ciervo, al que había logrado clavar tres saetas, se perdió en lo más intrincado del bosque. No hallaba qué hacer en tan apuradas circunstancias; pero examinando el curso del sol, resolvió seguir un rumbo determinado, creyendo con fundamento que no tardaría en llegar a su ciudad natal o a una cualquiera de las poblaciones circunvecinas. No contaba, sin embargo, con que el astro del día lo abandonaría antes de que lograse llegar a parte alguna.

¿Cómo hacerlo entonces? ¿Qué lo guiaría para no torcer su ruta? Perplejo ante tamaño inconveniente, se detuvo a reflexionar. Felizmente pudo distinguir, a pesar de la luz crepuscular, a *Xnuc-ek*, que seguía en aquella época el curso del sol. Fulguraba hacia el ocaso sobre las cimas de las selvas un tanto ya sombrías. Por este descubrimiento pudo continuar camino, y a poco se encontró a la orilla de una fuentecita, que a la sazón estaba crecida.

La magnífica perspectiva que se divisaba ante sus ojos, infundió en el corazón del guerrero un encanto indefinible; mas ¿cuál

no sería su admiración al ver deslizarse sobre la superficie del lago una elegante piragua? Su sorpresa fue mayor aún cuando, al acercarse, vio que conducía a una mujer tan hermosa como una hurí. Llevaba en la cabeza, a guisa de diadema, plumas de vivísimos colores, bajo las cuales ondeaba su negra cabellera. Sobre sus vestiduras de tela de algodón bordado, brillaban muchos dijes de oro, y en su cuello y brazos llevaba también magníficas joyas del mismo metal.

La frágil piragua cruzó rápidamente frente al joven, como impulsado por el soplo de seres invisibles, y dirigiéndose al centro del lago, se hundió en sus entrañas.

Cuando el astro rey desapareció al día siguiente, el cazador encaminó sus pasos hacia el mismo lugar, anheloso de ver reaparecer la visión misteriosa; pero sus esperanzas fueron fallidas. No desesperó, sin embargo, y lo visitó por quince días consecutivos; mas tampoco se dejó ver aquella hermosa visión. Entonces, lo acometió una profunda tristeza. Huía de sus amigos y hasta de sus padres, pasando días enteros suspirando en la soledad de los bosques, en donde se hallaba el lenitivo de su dolor.

Este cambio tan repentino de costumbres y de carácter, afligió a toda la comarca, cuyo bienestar quedaría perdido en el caso de que una temprana muerte la privase de uno de sus más ilustres guerreros. ¿Cuál era el motivo de tan extraña mutación? ¿Había enloquecido? He aquí lo que todos se preguntaban; pero a buen seguro que nadie hubiera podido acertar la causa si él no la hubiese confiado a uno de sus amigos predilectos.

–Pues te aconsejo –le dijo éste, luego que hubo escuchado su narración– que hagas saber de tus males a una *X'men* que yo conozco. Es muy hábil, y no dudo que te dejará curado.

–Pero –replicó– el único remedio contra mi dolencia es que me haga volver a verla: quiero adorarla, aunque sea de lejos. Bien sé –continuó– que es un ser inmortal, y que no obstante mi noble cuna, soy indigno de ella; pero ¿lo seré tanto, que no me sea permitido mirarla siquiera? ¡Es tan hermosa!

Al terminar estas palabras, exhaló un prolongado suspiro y se dejó caer sobre un gran tronco, al tiempo que le corrían dos lágrimas ardientes sobre sus mejillas. El que no había doblado la cerviz ante un grupo enorme de adversarios, lloraba entonces como un niño.

Pero avergonzado por aquella muestra de debilidad, se secó el rostro, procurando dar a su semblante una calma aparente.

La conversación continuó sobre el mismo tema, y quedó por fin acordado que visitarían a la hechicera al día siguiente. A la hora señalada partieron, y enterada la vieja de lo que pasaba, exclamó con voz cavernosa por su avanzada edad:

–Deseas, ¡oh joven!, una cosa bien difícil. Mas no importa: yo sabré sacarte del triste estado en que te encuentras. Los seres inmortales –continuó después de haber recapacitado– se manifiestan a los hombres alguna vez, como a ti te ha sucedido; mas para los animales siempre son visibles. Gustan, sobre todo, del canto de los pájaros, que escuchan con deleite. ¿Quieres, pues, que te convierta en palomo?

–¡Sí, sí! –exclamó el guerrero.

–Pero nunca más volverás a ser hombre –replicó la hechicera con acento misterioso y solemne–: tu brillante carrera de soldado se acabará el día que eches a volar por los aires. ¿Aceptas?

–Acepto –dijo resueltamente.

Se dirigió entonces la vieja hacia un rincón de su cabaña, y transcurrido un instante, volvió profiriendo palabras incomprensibles. Traía entre sus descarnados dedos una espina verde, procedente de cierto arbusto muy común en estos parajes.

–Mañana –dijo– deberá tener lugar el plenilunio, noche en que las deidades salen a contemplar las bellezas de la naturaleza a los rayos de este astro de los cielos. Si quieres, pues, ver a tu hermosa, si quieres gozar de sus amores, habla.

–¡Sí que quiero! –exclamó el joven entusiasmado.

Se acercó entonces la hechicera, le clavó la espina en la nuca, y, convirtiéndose instantáneamente en un bello palomo, echó a volar.

La noche del día siguiente se presentó más encantadora que otras. Hacia el oriente, y rozando la cima de los bosques, se veía a la luna derramando raudales de luz suave y misteriosa sobre el pequeño lago.

De improviso surgió de su fondo una piragua que comenzó a surcar la superficie, y dejaba una estela luminosa: era la piragua conocida, que salía de su mansión misteriosa.

Al llegar frente al árbol secular en que se apoyó el guerrero la primera noche, resonó entre sus ramas el dulce y melancólico

arrullo de una paloma torcaz. Se detuvo la navecita, y la mujer escuchó con delicia aquellas melodías, tan llenas de encanto y de tristeza, que penetraban hasta lo más profundo de su corazón. Calló la arrulladora ave, y continuando su marcha, la piragua se hundió en el manantial.

Desde entonces, tuvieron lugar en las noches del plenilunio escenas iguales a éstas. Una noche en que el palomo cantó con más dulzura y sentimiento, extendió los brazos hacia él entusiasmada la mujer: alzó entonces el ave el vuelo, posándose en la proa de la navecita, prorrumpió en sus sentidos cantares. La mujer lo cogió, lo estrechó contra su corazón, haciéndole mil caricias. Le pasaba por centésima vez la mano sobre el moño, cuando tropezó con un objeto duro: lo asió entre sus dedos, y extrajo una espina verde.

En aquel mismo instante, el bello palomo se transformó en un joven gallardo, que cayó al fondo de la piragua pálido y moribundo.

¡Era el joven guerrero!

Aquel exceso de peso no pudo soportarlo la piragua, que comenzó a zozobrar... La mujer, en tan críticos momentos, tomó una heroica determinación: se clavó la espina en la nuca, y echó a volar.

Centenares de años han transcurrido desde que sucedieron estos acontecimientos y, sin embargo, cuando la luna muestra toda su faz iluminada, surge del fondo de esta fuentecita una piragua que conduce el cadáver de un joven guerrero.

Se detiene siempre en el mismo sitio, y se escucha enseguida el arrullo tristísimo de una paloma torcaz que llora a su perdido amante. Cuando ésta acaba de exhalar sus melancólicos cantos, la piragua, continuando camino, se hunde bien pronto en el fondo de las aguas.

De ahí la afición que tienen estas hermosas aves de anidar en los bosques inmediatos a los lagos, a los ríos y a los manantiales que frecuentan.

(Leyenda maya)

De nuevo encontramos una leyenda sobre el fuego. Ahora pertenece a los huicholes que habitan el norte de Jalisco, en México.

Entre sus creencias está el considerar a los elementos como seres familiares, cercanos, entre ellos el fuego.

Aquí es el tlacuache quien le roba el fuego a los enemigos de los huicholes. Este animal, por sus características tenía que ser motivo de curiosidad y de especulaciones, pues es un marsupial, con una bolsa en el estómago, que se abre y se cierra a voluntad, donde lleva a sus hijos mientras son pequeños. Además, cuando se le persigue se hace el muerto.

LEYENDA DEL FUEGO

Hace muchos años los huicholes no tenían el fuego y, por ello, su vida era muy triste y dura. En las noches de invierno, cuando el frío descargaba sus rigores en todos los confines de la sierra, hombres y mujeres, niños y ancianos, padecían mucho.

Las noches eran para ellos como terribles pesadillas y no había más que un solo deseo: que terminaran pronto para que el sol, con sus caricias bienhechoras, les diera el calor que tanto necesitaban.

No sabían cultivar la tierra, no conocían ninguna industria. Sus habitaciones eran cuevas o simplemente en los huecos de los árboles o en sus ramas formaban sus hogares. Vivían tristes, muy tristes; pero había muchos animales que estudiaban la forma de hacerlos felices.

Un día cayó un rayo y provocó el incendio de varios árboles. Los hombres vecinos de los huicholes, y enemigos de ellos, aprisionaron el fuego y no lo dejaron apagar. Para ello nombraron comisiones que se encargaron de cortar árboles para saciar su hambre, porque el fuego era insaciable devorador de plantas, animales y todo lo que se ponía a su alcance.

Para evitar que los huicholes pudieran robarles tan grandioso tesoro, organizaron un poderoso ejército y siempre mantenían guardianes de día y de noche.

Varios hombres hicieron el intento de robarse el fuego, pero murieron acribillados por las flechas de sus enemigos; otros cayeron prisioneros y fueron arrojados al fuego.

Al estar en una cueva, el coyote, el venado, el armadillo, la iguana y el tlacuache tomaron la decisión de proporcionar a sus amigos tan valioso elemento.

Por sorteo fueron saliendo uno a uno; pero, al ser sorprendidos por los vigilantes, murieron sin lograr su propósito. Sólo

quedaba el tlacuache. Éste, decidido a ayudar a sus amigos, se acercó al campamento y se hizo bola. Así pasó siete días sin moverse, hasta que los guardianes se acostumbraron a verlo.

En este tiempo observó que, casi siempre, con las primeras horas de la madrugada, todos los guardianes se dormían. El séptimo día, aprovechando que sólo un soldado estaba despierto, se fue rodando hasta la hoguera. Al llegar, metió la cola y una llama flamante iluminó el campamento. Con el hocico tomó un pequeño tizón y se alejó rápido.

Al principio, el guardia creyó que la cola del tlacuache era un leño; pero cuando lo vio correr, empezó la persecución.

Millares de flechas surcaron el espacio y varias de ellas dieron al generoso animal; éste, al verse moribundo, cogió una brasa del tizón y la guardó en su marsupia, su bolsa. Pero los perseguidores lo alcanzaron, apagaron la flama que había formado su cola y lo golpearon sin piedad, hasta dejarlo casi muerto.

Después se alejaron lanzando alaridos terribles y pregonando su victoria, mientras sus compañeros danzaban alrededor del fuego. Mientras tanto, el tlacuache, que había recobrado el sentido, se arrastró trabajosamente hasta el lugar donde estaban los huicholes y allí, ante el asombro y la alegría de todos, depositó la brasa que guardaba en su bolsa.

Rápidamente el pueblo levantó una hoguera, cubriéndola con *zacate* seco y ramas de los árboles. Y después de curar a su bienhechor, bailaron felices toda la noche.

El generoso animal, que tanto sufrió para proporcionarles el fuego, perdió el pelo de su cola; pero vivió contento porque hizo un gran beneficio al pueblo de sus amigos.

(Leyenda huichol)

Según esta leyenda, del corazón de Copil nace el nopal, planta abundante en México.

Lo cierto es que los indios, desde tiempos remotos, conocen esta planta, pues en ella se cría la cochinilla, de la cual se extrae un colorante muy apreciado.

Otro elemento real que vemos en la leyenda es la práctica de sacrificios humanos entre los aztecas, quienes los consideraban necesarios para el bien colectivo, para fortalecer a los dioses, que, a su vez, los ayudarían a ellos. Este rito también aparece en las tallas y en las pinturas.

EL NOPAL

Fue en el principio del principio, cuando el belicoso y fiero Huitzilopochtli, dios de la guerra, abandonó a su hermana Malinalxochitl, para marcharse lejos a fundar un reino aparte.

Malinalxochitl se quedó en una región montañosa y selvática, deplorando su desventura, acompañada de unos cuantos súbditos. Pero era esforzada y valerosa, y logró fundar el reino de Malinalco. Su hijo, Copil, crecía oyendo de labios de la madre el relato de la mala acción de Huitzilopochtli. En su pecho, día a día, iba creciendo el deseo de encontrarse alguna vez con el dios.

Y pasaban los años.

Y llegó el tiempo en que Copil estaba ya convertido en un gallardo mancebo, de negra cabellera y cuerpo atlético, diestro en todos los lances de la caza y la guerra. Escuchando las quejas de su madre, había jurado castigar la ofensa, y consideró llegado el momento de hacerlo. Era fuerte y resuelto y le parecía que nada podría impedirle el cumplimiento de sus propósitos.

Y un día, Copil cogió un *chimalli* y su *macana* y partió en busca de Huitzilopochtli.

Copil dejó su lugar para ir en pos del dios Huitzilopochtli. Todos los obstáculos que podía ofrecerle la naturaleza eran pequeños ante su fuerza y su vehemencia. Caminó día y noche, dejando atrás cerros, bosques y llanos.

Copil, ardoroso como era, iba pregonando la necesidad de exterminar al dios de la guerra y sus gentes.

Después de cruzar por la zona feraz, llegó, por fin a Chapultepec, lugar donde estaba Huitzilopochtli.

Copil examinó el lugar y se dio cuenta de que necesitaba de los de Malinalco.

Copil volvió a Malinalco a buscar ayuda, y regresó con muchos guerreros. Mas ya el dios se había enterado y, lleno de ira, no envió guerreros al encuentro de Copil, sino a los *teopixques*, a quienes les dio esta orden:

–Sáquenle el corazón y tráiganmelo como ofrenda.

Los teopixques, sabiendo que Copil había acampado cerca, decidieron esperar la noche. Una vez que fue de noche, ellos bogaron en silencio por las aguas del lago y luego saltaron a tierra, hasta el lugar donde estaba Copil.

Dormían Copil y sus hombres.

Avanzaron los teopixques, sin hacer ruido, por entre los cuerpos, hasta que encontraron al hijo de Malinaxochitl.

Se acercaron a él calladamente y, con pericia, le abrieron, de una cuchillada, el pecho y le extrajeron el corazón. Copil no pudo exhalar la más leve queja. Y al amanecer despertaron los guerreros de Malinalco, y se sorprendieron al encontrarse el cadáver de Copil con una herida en el pecho poderoso.

También al amanecer, los teopixques llegaron de regreso a Chapultepec. En un *cuauhxicalli* entregaron a Huitzilopochtli la roja ofrenda.

El dios, después de satisfacer su cólera viendo el corazón de Copil, ordenó a los sacerdotes que fueran a enterrarlo, y les dijo:

–Entierren el corazón de Copil en aquellos peñascos que hay entre las malezas.

Esa noche fueron los sacerdotes y enterraron el corazón entre las peñas. Pero al otro día vieron con asombro que había brotado una hermosa planta en el sitio de la sepultura, allí donde antes sólo hubo desnudas rocas y ramas secas. Era que el corazón de Copil se había convertido en el vigoroso nopal de ovaladas hojas y flores encarnadas.

(Leyenda azteca)

LEYENDAS DE SURAMÉRICA

El culto principal que hallaron los conquistadores en el Imperio Inca se refería al Sol, y aunque no como divinidades, recibían también adoración la luna y las estrellas.

Huaina Capac participó, por orden de su padre Tupac Inca Yupanqui, en la conquista de Quito. Allí tomó por concubina a la primogénita del rey sometido con quien tuvo a Atahualpa.

En la leyenda podemos observar cómo a diferencia de los aztecas, los incas no hacían sacrificios humanos, sino de animales.

EL MENSAJERO DEL SOL

En cierta ocasión, entre los picos más altos de los Andes, donde el cóndor tiene su asiento y dominio, apareció uno que causó admiración y extrañeza entre los de su especie. Era un cóndor que tenía el cuello blanco y suave, y todos, al verlo llegar, lo miraron con cierta curiosidad, en la que había un fondo de desprecio. El cóndor del cuello blanco no tenía el aspecto de fiereza y poderío de los otros, por eso todos creyeron que era un cobarde y que podrían burlarse de él sin temor a la fuerza de sus garras y de su corvo pico. Entonces, muchos de ellos cercaron al recién llegado y comenzaron a importunarlo. Pero, contra lo que esperaban, el cóndor abrió poderosamente las alas y se remontó rápido; después cayó violentamente contra los otros, como si fuese una flecha lanzada por una mano potente. Las otras aves se aprestaron a la defensa, se remontaron por encima del cóndor del cuello blanco, y confiadas fueron a atacarlo; él las esquivó y volvió a volar hacia lo alto con más fuerza y pujanza que los demás; llegó tan arriba, que ninguno pudo sobrepasarlo. Luego cayó verticalmente sobre ellos, y todos conocieron la fuerza de su pico. Desde entonces no hubo cóndor en los Andes que se aventurase a luchar contra él.

Había pasado algún tiempo desde la llegada del cóndor del cuello blanco a aquellas alturas de los Andes, donde permanecía solitario, como al principio, y sin tener a ninguno de los otros por amigo, pues envidiaban su aspecto hermoso y altanero, su sueño de aventura y poderío. El amplísimo espacio en que todos se movían resultaba pequeño para sus giros. El cóndor subía, bajaba, se alejaba de los otros, parecía llegar hasta el Sol, se perdía en la luminosidad de sus rayos.

Un día había llegado tan alto, que los demás lo veían tan pequeño como una paloma. Un rayo de Sol lo iluminó un momen-

to, resplandeció el cóndor vivamente y desapareció de la vista de los demás.

Se miraron todos con extrañeza, que fue aumentando a medida que pasaba el tiempo, sin que el cóndor volviese a aparecer. Por fin, uno de ellos comentó:

–Ha querido remontarse tanto, que el mismo Sol lo habrá castigado por intruso.

Todos pensaron que eso era lo que había sucedido, y quedaron gozosos y satisfechos. Al fin, habían perdido de vista al cóndor que odiaban, porque tenía más poder y hermosura que ellos.

Sin embargo, lo que sucedió fue muy distinto de lo que los cóndores habían pensado. Cuando el cóndor del cuello blanco se sintió traspasado por la luz del Sol, sintió que sus alas se detenían, pero que todo él seguía ascendiendo como si una fuerza exterior lo llevara hacia arriba. El cóndor no tuvo que hacer ningún esfuerzo, sólo dejarse llevar por aquel poder insospechado.

En el primer instante sintió un vago temor, pero su afán de aventura, su deseo constante de una vida que saliese de lo vulgar, lo hizo desecharlo. No tenía la menor duda de que estaba en el comienzo de algo maravilloso, y se abandonó a ello con los sentidos tensos, capaces de registrar todas las novedades. Estaba en esta disposición, cuando escuchó una voz nunca oída por él.

–¿Quieres ser mi mensajero?

El cóndor no supo quién le hablaba, pero la voz resonaba armoniosa. Sin embargo, no contestó; miró hacia todas partes, nada se veía; todo a su alrededor estaba abrasado por la luz.

–Tú vives con un continuo deseo de aventura –volvió el cóndor a escuchar–, pero ese deseo no ha nacido de ti. Yo lo puse en tu corazón y te distinguí sobre todos con tu blanco cuello

–Dime quién eres y dónde estás –preguntó el cóndor.

La voz volvió a hablar suavemente.

–Soy el dios de los incas y no estoy lejos, pues que todo tu ser está ahora dentro de mí, en mi seno luminoso.

El cóndor estaba maravillado de lo que oía, pero en su entusiasmo casi no se daba cuenta de que el dios le había hecho una pregunta, a la que no había dado respuesta.

–Ya sabes ahora quién soy. ¿Quieres ser mi mensajero?

–Estoy deseoso de servirte –contestó.

Entonces el dios le comunicó el mensaje que debía llevar a los incas, sus adoradores.

–Tu empresa no es fácil –terminó diciéndole–. Antes de llegar a ellos te encontrarás con dificultades, con otros seres que te impedirán cumplir tu misión. Sólo tu fuerza y tu astucia vencerán.

La luz que sostenía al cóndor en el aire se fue retirando; la potente ave sintió la necesidad de emplear de nuevo sus alas de oscuro plumaje. Salió de la luz y sus ojos no pudieron ver en la oscuridad; planeó unos instantes mientras se orientaba, y después partió gozoso a cumplir el mensaje del dios.

Mientras todo esto sucedía en las regiones solares, en la tierra de los incas se hacían grandes preparativos para las solemnes fiestas que el pueblo, junto con sus guerreros y su príncipe, el inca Huaina Capac, iba a celebrar en honor del Sol, su dios.

Desde días antes al de la gran ceremonia, la capital del Cuzco se había llenado de gentes que venían de todos los lugares. Paseaban los valientes guerreros mostrando orgullosos las armas que les habían dado la victoria, las flechas silbantes, las aguzadas lanzas. Las mujeres se agrupaban llenas de gozo, mirando sonrientes a los vencedores. Mientras tanto, las doncellas consagradas al dios vivían días de penitencia, de sacrificio continuo, a la vez que preparaban el líquido sagrado para la ceremonia.

Se aproximaba el día deseado por todos los incas. La noche anterior resonó con alegres rumores, con ruidos gozosos y pasos precipitados. La luna miraba envidiosa a los adoradores del Sol.

Mucho antes de que amaneciese, la gran plaza estaba llena de gente que esperaba ansiosa el primer rayo del dios luminoso. Todo estaba lleno de un rumor como temeroso e impaciente cuando el inca Huaina Capac anunció su llegada. En un instante se hizo el silencio, y ya todos esperaron con pasión la primera luz del amanecer.

La noche fue aclarándose y la tensión de los incas fue creciendo. El Sol iluminó débilmente la plaza: había amanecido. Entonces, todas las gentes se arrodillaron, las cabezas se abatieron en adoración profunda y temerosa. Entre aquella muchedumbre inclinada, sólo Huaina Capac, el descendiente del Sol, permanecía erecto.

Los vasos de oro brillaban sobre al altar cuando Huaina-Capac avanzó y los tomó en sus manos. Hizo la ofrenda al Sol con el vaso que sostenía su mano derecha, a la vez que derramaba el contenido del otro vaso sobre la tierra para vencer a los espíritus inferiores, que desde aquel momento no tendrían ningún poder sobre el pueblo inca. Terminada la primera parte del rito, se elevó un leve murmullo y los parientes de Huaina Capac, sus guerreros y los sacerdotes del Sol avanzaron y participaron del líquido que el dios había santificado con su presencia. Inmediatamente comenzaron las ofrendas de todo el pueblo.

Y, el Sol, redondo e implacable, vigilaba desde el alto cielo.

Una vez que hubo terminado la ceremonia, volvió a surgir en todos una nueva expectación. Llegaba el momento más deseado, el instante en que los augures interpretaban los designios del dios y anunciaban lo que al Inca y a su pueblo les iba a suceder.

Ante el altar, apareció el cordero que debía ser inmolado, y a su lado, los augures. Huaina Capac mantenía un aspecto sereno, pero sus ojos delataban el desasosiego interior.

El cordero fue sacrificado. Los augures miraron las vísceras del animal y quedaron temerosamente silenciosos. El sacerdote mostró al pueblo las vísceras y todos prorrumpieron en un clamor doloroso. Los pulmones estaban reventados y del corazón manaba sangre abundante.

–Grandes pesares se avecinan para el Imperio del Sol.

–Huaina Capac se encontrará cercado por las calamidades –dijo otro augur.

–Un gran peligro amenaza el reinado y la vida del Inca poderoso –auguró un tercero.

Se hizo después un silencio angustioso que nadie se atrevía a romper. Huaina Capac debía hablar a su pueblo, y todos esperaban sus palabras. Sin embargo, el Inca, a pesar de que había recibido los augurios sin demostrar la pesadumbre que lo vencía, se sentía incapaz de un nuevo esfuerzo para hablar a los suyos. Pero el silencio del pueblo pesaba, y Huaina Capac levantó su brazo dispuesto a todo. Mas, ¿qué les diría? ¡Había, acaso, palabras después del augurio tenebroso? Miró entonces hacia el Sol para pedirle ayuda, y la súplica quedó tronchada. Bajo la luz intensa del mediodía, majestuoso y rápido, apareció un cóndor.

–¡Miren! –dijo el Inca.

Todas las miradas se concentraron en el cóndor poderoso. Entonces, uno de los augures levantó la voz:

–El dueño de los Andes viene hacia ti, príncipe de los incas. Es el mensajero del Sol.

Las palabras del augur resonaron como una invitación a la esperanza. Los rostros quedaron tensos, ansiosos, miraron el ave que se acercaba. Pero, de pronto, tras el cóndor apareció una bandada de águilas y halcones, que intentaban darle alcance. Los enemigos se le iban acercando y el cóndor, al advertirlo, giró rápidamente y se despegó de ellos. Pero todos los incas, que miraban ávidos lo que en el cielo sucedía, pudieron observar que el vuelo del ave, a pesar de ser majestuoso, tenía algo de irregular, como si estuviese herido.

El cóndor se dio cuenta de que no le quedaba otro remedio que aprestarse a la lucha, e hizo frente a sus perseguidores. Hubo un instante en que casi quedó detenido el vuelo. Varias águilas, creyendo que el cóndor comenzaba a fallar, lo atacaron en un rápido asalto, pero él descendió y cayó violentamente tras ellas y muchas quedaron derribadas. El ataque continuó; para los incas, que lo observaban, no quedaba ya ninguna duda de que el cóndor estaba herido y de que, a cada nuevo ataque de sus enemigos, la victoria se le hacía más difícil. Y, sin embargo, de aquella victoria dependía la felicidad de los incas.

El cóndor siguió luchando valientemente durante un tiempo bastante largo, cuando un águila, al sentir la desgarradura que el corvo pico de su enemigo le produjo, huyó aterrada. Entonces, como si aquella fuese una señal convenida, todas las águilas y halcones que aún seguían luchando, se dispersaron.

El cóndor había quedado dueño del espacio y descendía con suaves giros y hacia la multitud de los incas, que lo miraban aún con el asombro y la alegría en los ojos.

La voz emocionada del augur volvió a escucharse:

–El Sol ha enviado un mensajero a sus adoradores. He aquí lo que dice: «Al igual que el cóndor poderoso, Huaina Capac vencerá en todos los peligros.»

El ave siguió descendiendo y todo el pueblo pudo admirar su cuello blanco y suave que lo distinguía entre los de su especie, como un elegido.

El cóndor siguió bajando, su vuelo se había hecho suave, reposado; parecía que iba a rozar las cabezas de los incas, pero sólo cuando llegó donde estaba Huaina Capac paró el vuelo y se posó sobre su hombro.

Desde entonces el cóndor, el dueño de los Andes, es el signo del poder que ostentan los príncipes incas descendientes de Huaina Capac.

(Leyenda quechua)

Un tema abundante en las leyendas es el de los desastres naturales, pero el del diluvio, en todos los relatos, adquiere un carácter de verdadero cataclismo.

El pueblo chilote –asentado en el Archipiélago de Chiloé, en el sur de Chile– posee esta leyenda, donde dos divinidades sostienen una enconada lucha por culpa de los hombres, quienes han huido de los predios de Caicaivilú, conscientes de que éste tomará represalias.

Es el cerro de Tentén, en la ciudad de Castro, el lugar que –según la leyenda– elevó Tentenvilú para salvar a sus criaturas de la implacable ira de Caicaivilú.

TENTENVILÚ Y CAICAIVILÚ

Antes de producirse la terrible catástrofe, vivía en una colina la culebra llamada Tentenvilú, a quien los chilotes veneraban por su sabiduría y el aprecio que siempre les había demostrado. Cuando se producía algún acontecimiento en la región, los indígenas corrían hacia la colina pidiéndole protección y ahí se quedaban escuchando los consejos de esa divinidad.

Existía en el mar un monstruo mitad caballo y mitad culebra llamado Caicaivilú. A pesar de que nada sabían de él desde tiempos inmemoriales, su solo recuerdo les causaba un pánico aterrador a causa de los malos tratos que sus antepasados habían recibido de ese monstruo.

El temor de los indígenas no era infundado, pues sabían que Caicaivilú dormitaba en el fondo del océano y que en cualquier momento podría despertar.

Y así sucedió. Caicaivilú despertó repentinamente de su sueño milenario y, al ver que los hombres habían abandonado su reino para irse a vivir a la Tierra, entró en cólera y preparó su venganza. Y sin pensarlo mucho, tomó la terrible decisión de acabar con los hombres ahogándolos; castigo que, según él, se lo merecían por malagradecidos.

Y fue así como Caicaivilú, valiéndose de sus poderes, inició su venganza en contra de los hombres.

Inesperadamente la tierra se vio convulsionada por violentos remezones, a tiempo que el cielo se abría para dar paso a las aguas que caían desde lo alto en verdaderos torrentes. De un momento a otro, todo fue destrucción y muerte. No contento con eso, el malvado soltó las aguas del mar, las que comenzaron a inundar la tierra con vertiginosa rapidez. Fue en ese instante cuando intervino Tentenvilú en defensa de los hombres; para ello hizo elevar los cerros en los cuales se habían refugiado.

Pero las aguas continuaban subiendo sin interrupción, arrastrando en su corriente diabólica los cuerpos de los indígenas que no alcanzaron a huir. Tentenvilú contrarrestaba la furia de su enemigo elevando más y más los cerros donde los hombres se apretujaban aterrorizados.

Por fin la lucha llegó a su término; las fuerzas de los rivales se habían neutralizado. Caicaivilú no pudo elevar más las aguas, y Tentenvilú tampoco tuvo fuerzas para seguir levantando cerros.

Fue así como Tentenvilú consiguió salvar a muchos hombres y animales y evitó el total exterminio del género humano. En cuanto a los aborígenes que fueron alcanzados por las aguas, sólo algunos perecieron. La mayoría se salvó gracias a la oportuna intervención del todopoderoso Tentenvilú, quien logró transformarlos oportunamente en peces y lobos marinos.

Hecha la calma, las aguas, aunque se aquietaron, no se recogieron a su cauce normal; por esta razón, gran parte de la tierra quedó inundada, fenómeno que dio origen a la formación de golfos, ensenadas y canales que hoy circundan el archipiélago. Fue así también como las colinas más altas pasaron a formar el semillero de islas que ahora forman el Archipiélago Chilote.

Por otra parte, los hombres que gracias al poder de Tentenvilú fueron transformados en peces y lobos marinos, más tarde cohabitaron con las mujeres que salían a mariscar en las playas solitarias, dando origen así a muchas familias indígenas.

(Leyenda chilote)

El robo del fuego resulta el tema de esta leyenda: aquí es Baira quien sale en ayuda de los miembros de una colectividad que carece del elemento vital.

Baira dice: «¿Por qué el fuego ha de tener dueño? ¡El fuego debe ser de todos!»

Estas palabras son las de un héroe civilizador, convencido de que debe hacer algo por obtener lo que la codicia preserva sólo para sí. Es por eso que roba el fuego.

Esta leyenda pertenece a los tupí-guaraníes, que viven en una vasta región de Suramérica.

EL ROBO DEL FUEGO

Antiguamente, el fuego no pertenecía a todos. Su dueño era Urubú, el cuervo, quien lo llevaba siempre consigo, bien escondido bajo las alas, como para que no se enfriase.

Baíra, viendo que en aquel tiempo los indios secaban la comida al sol, decidió robar el fuego para que su gente pudiera cocinar sus alimentos.

Baíra era muy hábil: enseñó a los *parintintim* la pesca con *sangab*. Los enseñó a cazar pajaritos con trampas untadas de resina gomosa... Baíra enseñó muchísimas cosas a su gente. Por eso, una vez dijo:

—¿Por qué el fuego ha de tener dueño? ¡El fuego debe ser de todos!

Penetró en el monte, se cubrió de hojas, se acostó y se quedó en el suelo, inmóvil, haciéndose el muerto. Al rato escuchó un zumbido: «zum-zum-zum-zum...» Era la mosca azul que, zumbando y zumbando, daba vueltas alrededor del falso muerto, pensando que era un muerto verdadero. Después de un largo rato en este trajín, partió para comunicar su hallazgo a Urubú, que entonces habitaba en el cielo.

Urubú se acercó enseguida y, como siempre, traía el fuego bajo las alas. Llegó acompañado de toda la familia: de la mujer, de los hijos y de otros urubúes amigos.

En aquel tiempo, Urubú era hombre: dicen que tenía manos y todo. Por ello pudo preparar el *moquem*, para asar y ahumar la carne y el pescado.

Urubú preparó el moquem y debajo puso el fuego. Sopló, sopló, y el fuego quedó rojo y ardiente; cuando estuvo encendido llamó a los hijos y les ordenó vigilarlo y cuidar de que no se apagase.

De repente, Baíra se movió. Los hijos de Urubú vieron que el muerto se movía y salieron corriendo para avisar a su padre:

–¡Papá, el muerto no está muerto! ¡Se movió!

Urubú no creyó lo que le decían sus hijos, y para que no lo molestaran más, les dijo que fuesen a cazar moscas azules con sus flechitas. Los hijos de Urubú se distrajeron cazando moscas azules, y dejaron de vigilar el fuego.

Cuando, debajo del moquem, el fuego estuvo bien encendido, Baíra se levantó de repente y lo robó. Luego, huyó de inmediato lo más rápidamente que pudo. Urubú, al ver que el muerto se había robado el fuego, llamó a su gente, y todos partieron en persecución de Baíra. Éste, al verse perseguido, se escondió en el hueco de un tronco; pero Urubú y su grupo se metieron también por el hueco del tronco, detrás de Baíra, quien para escapar salió por el otro lado y penetró en un maizal muy tupido que había por allí cerca.

Urubú quiso penetrar también, pero no pudo; y de esa manera, Baíra logró atravesar el maizal y llegar a la orilla de un río ancho, muy ancho. En la otra ribera estaba toda su gente, que era mucha; pero el río era tan ancho, que Baíra no pudo cruzarlo. Quería entregar el fuego a su gente, pero el río los separaba.

Llamó a la culebra corredora, y le dijo:

–Aquí está el fuego. Llévalo a mi gente, que está al otro lado del río.

Puso el fuego en la espalda de la culebra corredora para que ella lo cruzara hasta la otra orilla.

La corredora, que corre muy deprisa, al oír la orden de Baíra partió a toda velocidad. Sin embargo, por más que corrió no tuvo tiempo de llegar, y se quedó en medio del río.

Viendo que la culebra no conseguía llegar a la otra orilla del río, Baíra tomó un camarón y le puso el fuego en la espalda diciéndole que lo llevase a su gente, que estaba esperando al otro lado del río. El camarón llegó hasta el centro del río, y, no pudiendo soportar el calor, quedó enrojecido como es hasta hoy.

Con una vara que tenía en la punta un gancho, Baíra atrajo el fuego hacia sí y lo puso en la espalda de un cangrejo, diciéndose: «Éste sí va a llevar el fuego a mi gente.»

Pero el cangrejo no resistió el calor y se quedó enrojecido igual que el camarón.

Sin desanimarse, Baíra trajo de nuevo el fuego hacia sí y lo puso en la espalda del ave *saracura*. La saracura le dijo:

–Yo llevaré el fuego a tu gente al otro lado del río.

Partió rápidamente, casi sin rozar el agua, aunque no tuvo tiempo de llegar al otro lado del río: le sucedió lo que a la culebra, al camarón y al cangrejo. Fue así como Baíra se acordó del sapo Cururú.

Cururú tomó el fuego, y partió saltando a llevarlo a los parintintim, que esperaban al otro lado del río. Se aproximó bien, pero estaba tan cansado, que no conseguía salir del agua. Fue preciso que los indios acercasen una rama para ayudarlo a salir. Cururú estaba desfallecido de cansancio. Lo aproximaron a tierra y, por fin, llevaron el fuego a la aldea.

En la ribera opuesta, Baíra imaginaba un modo de cruzar las aguas. Como era un gran hechicero, estrechó el río hasta convertirlo en un riachuelo, y entonces dio un salto y llegó al otro lado, yendo al encuentro de su gente.

Desde ese día, los parintintim poseyeron el fuego y pudieron asar peces y otros animales.

En cuanto a Cururú, se tornó hechicero por haber llevado el fuego; por eso engulle las luciérnagas sin quemarse, y lo llaman «ladrón del fuego».

(Leyenda guaraní)

La mandioca o yuca es un arbusto de América. Tiene una gran importancia en la cultura de varias civilizaciones precolombinas del Continente. Esta planta fue introducida luego a las Antillas, en donde constituyó el alimento básico de los indoantillanos.

Los indios de algunas zonas, como el Brasil, llamaban a esta planta manioca («mandioca» en castellano), que quiere decir: casa de Mani.

Se utiliza la dulce en sopa y en la confección del casabe, y la agria, como remedio.

LA MANDIOCA

Había una vez, en tiempos en que los blancos no habían llegado a América, una bella india llamada Atioló, cuya familia la prometió en matrimonio a un hermoso joven, Zatiamaré.

Se convino en que la boda se realizaría a fines del verano, y efectivamente, cuando el suelo comenzó a cubrirse de frutos maduros, se casaron Atioló y Zatiamaré.

Pasó el tiempo... los frutos desaparecieron, las aguas del río se salieron del cauce, inundando y arruinando cuanto cubrían; luego el sol abrasó con sus rayos y un viento muy fuerte sopló desde lo alto de los cerros. Cuando los frutos maduros comenzaron a caer nuevamente, como una lluvia amarilla cubriendo el suelo, Atioló anunció a su marido que pronto tendrían un hijo.

Zatiamaré no hacía más que rogar para que el niño que esperaban fuera varón, porque, era muy importante tener hijos varones que crecieran junto al padre, cazaran y compartieran todas las costumbres heredadas de sus antepasados.

Pero nació una hermosa niña y aunque Zatiamaré no dejó de reconocerla, se mostró muy enojado y pasó varias lunas sin hablar del hecho. El único regalo que le hizo fue una lagartija de cola amarilla, pero no conversaba con la niña y si ella se dirigía a él, contestaba con monosílabos.

–¿Por qué no hablas con tu hija? –preguntaba Atioló, muy triste.

–Porque yo no pedí una niña –respondía él–. Para mí y para los de mi tribu, las hijas no tienen ninguna importancia.

Pasaron muchos meses, hasta que Atioló anunció a su marido que tendrían otro hijo.

–Si esta vez no es un varón que se me parezca, no le dirigiré la palabra –amenazó Zatiamaré.

Pero llegó un niño, al que llamaron Taruma. La alegría invadió a Zatiamaré; volvió a sentirse importante ante los otros miembros de la tribu y se dedicó a educar a su hijo según sus costumbres.

Mani, la pequeña indiecita, que no comprendía qué ocurría con su padre ni cuál era el motivo de su desinterés, quería mucho a Taruma, pero se sentía muy triste. Hasta que un día pidió a su madre que la llevara a vivir al monte, cerca de la tierra, bajo los rayos del sol, para pedir ayuda a los dioses. Ella deseaba demostrar que también podía servir para algo. Atioló lloró apenada al conocer el deseo de su hija y se resistió en un principio, pero, finalmente, Mani logró convencerla. La llevó a lo alto del cerro y allí la dejó.

–Si preciso algo, ya te enterarás –le dijo la niña al despedirse.

Atioló volvió a su casa apesadumbrada y esa noche soñó que su hija sentía mucho calor. Por la mañana fue a buscarla y comprobó que su sueño era cierto.

–¿Adónde quieres que te lleve? –le preguntó.

–Madre, llévame donde haya agua, hacia la orilla del río –pidió Mani–. Si no estoy satisfecha, te lo haré saber.

La primera noche, Atioló no soñó con su niña, por lo que supuso que estaría conforme con el nuevo lugar. Pero al día siguiente, por la tarde, mientras Atioló se bañaba en el mismo río, aguas más abajo, le pareció escuchar la voz de Mani, que imploraba:

–Sácame de la orilla, madre, que el frío no me deja dormir.

Atioló obedeció, buscó a su hija y la llevó muy lejos, a un claro del bosque.

–¿Cuándo te volveré a ver, pequeña Mani? –le preguntó.

–Cuando pienses en mí –contestó la niña–, y no te acuerdes de mi rostro, será hora de que me visites.

Pasaron muchos meses. Un día, Atioló extrañó especialmente a su hija, pero no pudo recordar su rostro. Marchó al bosque, tal como la niña le indicara, y en el claro donde la había dejado sólo halló una planta nueva, muy alta y muy verde, que no conocía.

–¿Podrán los dioses haber convertido a mi hija en esta planta? –se dijo.

Atioló dudaba ante la idea. Pero en ese momento ocurrió algo asombroso: el tronco de la planta se dividió. Una parte se fue

arrastrando, arrastrando y se convirtió en raíz. La india comprendió entonces el mensaje de Mani y decidió llevar aquella raíz a su casa. Había nacido la mandioca.

Aquella planta constituyó un alimento insustituible para los indios de la tribu.

(Leyenda brasilera)

Minumbú es el nombre guaraní del colibrí, que es el pájaro más pequeño del mundo. Vive en regiones cálidas de América, principalmente en Perú, Bolivia, Colombia, Brasil y Argentina. El colibrí vuela de flor en flor, y hunde su lengua, en forma de tubo, en las corolas.

En esta leyenda guaraní se hace referencia a esta ávida búsqueda, que en realidad no es más que un incesante bregar por la subsistencia.

EL COLIBRÍ

Flor –hermosa india de grandes ojos negros– amaba a un joven indio llamado Ágil. Éste pertenecía a una tribu enemiga y, por lo tanto, sólo podían verse a escondidas. Al atardecer, los dos novios se reunían en un bosquecito, junto a un arroyo juguetón, que ponía un reflejo plateado en la penumbra verde.

Los dos jóvenes se veían sólo minutos, pues de lo contrario despertarían las sospechas de la tribu de Flor. Una amiga de ésta –una amiga fea, por odiosa– descubrió un día el secreto de la joven y se apresuró a comunicárselo al jefe de la tribu.

Y Flor no pudo ver más a Ágil.

Luna, que conocía la pena del enamorado, le dijo una noche:

–Ayer vi a Flor, que lloraba, pues la querían unir con un hombre de su tribu. Desesperada, pedía a Tupá que le quitara la vida, que hiciera cualquier cosa, con tal de librarla de aquel momento terrible. Tupá oyó la súplica de Flor: no la hizo morir, pero la transformó en una flor. Esto último me lo contó mi amigo Viento.

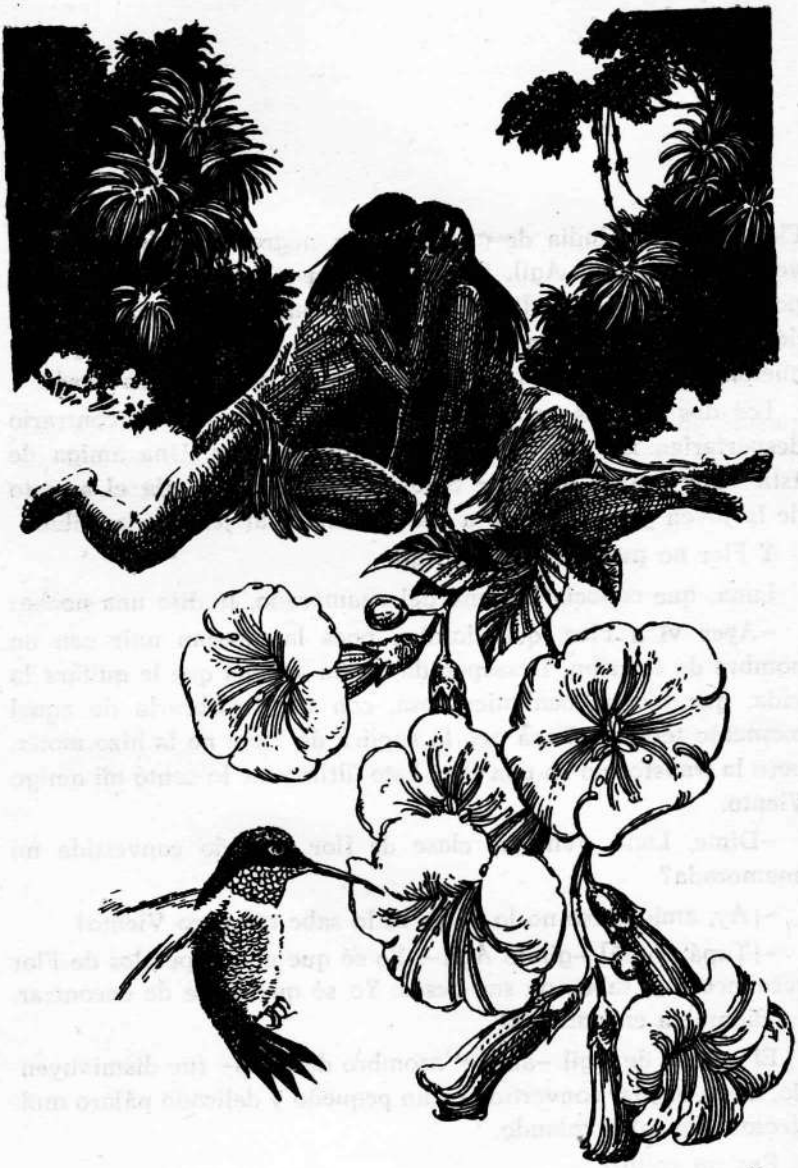
–Dime, Luna, ¿en qué clase de flor ha sido convertida mi enamorada?

–¡Ay, amigo, eso no lo sé yo ni lo sabe tampoco Viento!

–¡Tupá, Tupá! –gimió Ágil–. Yo sé que en los pétalos de Flor reconoceré el sabor de sus besos. Yo sé que la he de encontrar. ¡Ayúdame a encontrarla!

El cuerpo de Ágil –ante el asombro de Luna– fue disminuyendo, hasta quedar convertido en un pequeño y delicado pájaro multicolor que salió volando.

Era un colibrí.



Y, desde entonces, el novio triste, convertido en colibrí, pasó sus días besando ávido y apresuradamente los labios de las flores, buscando una, sólo una.

Pero según dicen los indios más viejos de las tribus, todavía no la ha encontrado.

(Leyenda guaraní)

Los hombres primitivos de América conocen la azucena del bosque y la adoran porque ven la planta como símbolo de paz. En primavera, al florecer el arbusto, sus flores son moradas; pero en otoño, antes de marchitarse, se van transformando hasta llegar a ser blancas.

En esta leyenda, Tupá castiga a dos grandes familias porque no supieron vivir en paz; pero luego metamorfosea sólo a dos criaturas creadas por él –principales causantes de la guerra fratricida– en el arbusto llamado «azucena del bosque».

PITÁ-MOROTÍ

Tupá creó las plantas y los animales, pero pasaron muchas lunas antes de que creara a los hombres. Y cuando los hizo, les dio la inteligencia para adueñarse de las plantas y vencer a los más fieros animales.

El hombre no poblaba aún todas las regiones: existía una parte del bosque donde no había seres humanos. De esta región deshabitada I-Yara, el Dueño de las Aguas, que era amigo de Tupá, le llevó un poco de tierra.

Tupá la amasó, le dio la forma de dos figuras humanas y les infundió vida con rayos del sol. De esta manera aparecieron hombres en aquella región en donde antes no existía vida humana.

Eran dos hermanos, ambos de color oscuro, pues estaban hechos de tierra; sólo que uno era de piel más oscura y el otro, de piel más clara. Por eso recibieron los nombres de *Pitá* (morado) y *Morotí* (blanco).

Hechos los hombres, tupá encargó a I-Yara que hiciera dos mujeres hermanas para dárselas a Pitá y a Morotí. Ellas les harían compañía y les darían hijos.

Y así fue: las dos parejas vivían felices en los bosques; se alimentaban de las frutas de los árboles; se amaban y tenían hijos...

Pero un día, Pitá, frotando dos piedras, descubrió el fuego: y otro día, Morotí mató un *pecarí* y se le ocurrió poner esta carne al fuego. Como el olor de la carne asada brindaba un olor apetitoso, la comió, y luego la hizo probar a su mujer e hijos y también a los hijos y a la mujer del hermano.

Desde entonces empezaron a desdeñar los frutos de los árboles y se entregaron a la caza; pero los animales eran ligeros y

fuertes, y tuvieron que inventar armas, como el arco y la flecha.

Pitá y Morotí, con sus familias, vivieron de la caza; aunque ya no existía la misma paz. Ahora se disputaban las presas y reñían los dos hermanos. Poco faltó para que el arco y la flecha se usaran para luchar entre sí. No llegaron a tanto, pero sí decidieron separarse.

Tupá decidió castigar a los dos hermanos por no mantenerse en paz y unidos. A Tupá le hubiera sido muy fácil destruirlos; pero prefirió sólo darles una lección que perdurara por los siglos. Y sobrevino el castigo.

Una tormenta terrible azotó por tres días y tres noches la selva donde habitaban Pitá y Morotí con sus mujeres e hijos. Fueron días de terror: todos huían aterrados y se guarecían bajo los árboles, huyendo de la luz de los relámpagos y del rugir de los truenos. Al terminar estos tres días, brilló el sol, y de él los hombres, asombrados, vieron bajar a I-Yara; llegaba a las tribus y, en cada una de éstas, pedía que lo siguieran, y los hombres lo seguían silenciosamente. Llegaron así a un abra del bosque, y allí I-Yara les habló:

—Me envía Tupá, nuestro Padre. Está irritado con ustedes porque han peleado. Hermanos son, e hijos de hermanos; nunca debió haber disgusto entre ustedes. Tupá me envía para unirlos de nuevo. ¡Pitá, Morotí, abrácense! —ordenó I-Yara.

Ambos hermanos se abrazaron y, en presencia de sus descendientes, que los miraban llenos de asombro, fueron perdiendo la forma humana, fundiéndose el uno con el otro hasta llegar a ser un solo cuerpo. Y este cuerpo se convirtió en tronco, de donde salieron ramas, y de las ramas nacieron hojas y flores.

Y estas flores fueron de color rojo morado primero, y después, antes de marchitarse y caer, tomaron el color lila, que fue debilitándose hasta hacerse blanco: Pitá el morado y Morotí el blanco daban sus nombres a estas flores.

Así nació el arbusto llamado «azucena del bosque». Nació del anhelo de Tupá, el Creador, de que los hombres vivan en paz.

(Leyenda guaraní)

Los araucanos –radicados en Chile y Argentina– contituyen un símbolo de la resistencia indígena contra el conquistador, que nunca logró someterlos.

Los araucanos basaban sus creencias en la existencia de espíritus y la inmortalidad. No poseían ni templos ni ídolos. El diablo, pensaban ellos, podía adoptar las más disímiles formas y nombres.

En la leyenda se exalta el cuidado y el amor por los animales, y se deplora la mala educación que tuvo el joven Chipil. Debe observarse además cómo se pone en evidencia la falsedad de una profecía, que no se cumple.

KALAHUALA, LA REINA DE LAS PERLAS

Había una vez un hombre a quien llamaban Chipil (oreja hendida). Cuando nació por primera vez, sus padres lo abandonaron en el bosque porque era defectuoso, a causa de aquella oreja. Sus progenitores se avergonzaban de él, y suponían que si moría, al renacer, su oreja sería sana y normal, porque su madre se cuidaría mucho de comer cosas nocivas, ya que durante su gravidez había ingerido carne de un animal contrahecho y moluscos; además, una vecina hipócrita le había regalado un huevo con dos yemas, algo muy perjudicial para las mujeres en ese estado. Para colmo, había pisado con los pies desnudos un esqueleto de serpiente y mirado figuras aborrecibles grabadas en una roca y que solamente los hombres podían mirar sin temor...

A todas estas circunstancias se debió el que el pobre niño naciera defectuoso y fuera condenado a no seguir viviendo...

A pesar de las muchas precauciones tomadas por su madre, cuando nació por segunda vez, llegó nuevamente al mundo con la oreja hendida, pero entonces lo dejaron vivir por consejo de la adivina de la tribu, la cual había profetizado que el niño llegaría a ser un héroe que caería al combatir cuando tratara de entrar en la montaña de fuego, como uno de los gloriosos antepasados. Lo llamaron el Hijo Heroico.

Como había vuelto a nacer, lo consideraban ya el espíritu de la familia: nada le estaba prohibido. Lo criaron sin severidad, con muchos mimos. Pronto se mostró astuto, aborrecible y pérfido: lo odiaban tanto la gente como los animales. Su maldad les causó mucho daño a las gentes de su tribu, que por ser el niño hijo del lonko nada podían hacer contra él.

Un buen día, cuando el sol estaba en lo más alto, el niño fue a las orillas del lago que llaman Chaco, porque vomita hacia sus orillas gran número de conchas de ostras. Estas conchas contenían a menudo unas perlas hermosas y redondeadas, con reflejos de suave brillantez.

Cuando el niño revolvía un montón de esas conchas arrastradas hasta la orilla por el oleaje, oyó a sus pies un ruido y vio la cabeza triangular de una víbora.

Con un garrote la destrozó rápidamente .

Al día siguiente, cuando revolvía de nuevo el montón de ostras, y después de haber hallado en ellas el número de perlas que cabe en un puño, vio a una muchacha de espléndida belleza que estaba sentada peinándose los cabellos de oro con la escobita que llaman *rna*, que también era de oro.

La muchacha lo invitó a sentarse a su lado, porque se sentía solitaria y triste. Le dijo que se llamaba Kalahuala, y que juntaba allí ostras para coserlas sobre su manto.

Entonces él le regaló las perlas que recogiera poco antes y comenzó a lisonjearla con dulces palabras. Quiso, además, abrazarla y besarla. La muchacha se defendió, resistiéndose a sus lisonjas, pero él le asió la cabeza para besarla...

En este momento, el jovencito vio que la muchacha tenía en el cráneo un agujero, por el cual asomaba amenazadora la cabeza de una víbora, y cuando le preguntó la razón de tan horrenda herida, la dulce muchacha le respondió: «¿No te acuerdas que ayer al mediodía, cuando el sol estaba en lo más alto, me destrozaste la cabeza? Yo no te había hecho mal alguno. Como el sol bajó muy tarde, seguí sufriendo hasta que desapareció por completo, y entonces pude morir.»

Acababa de decir estas palabras, cuando se convirtió en la más grande de las serpientes vistas hasta entonces, y el malvado matador de víboras fue apresado por el monstruo y, al mismo tiempo por un millar de culebras y lagartos venenosos de vientre azul y verde, que lucharon contra Chipil hasta derribarlo. Lo destrozaron y se lo comieron: Chipil se había ganado la maldición de los reptiles, dada su afición de matar a animales inocentes sin tener necesidad de ello. Y como también se llamaba Rey de las Perlas, debía perecer por Kalahuala. Las serpientes y víboras

llevan aún hoy las perlas que Chipil le regaló a Kalahuala. Las ostentan en graciosísimos dibujos y bellas líneas grabadas sobre sus cuerpos, hermosas combinaciones de rayas y colores que les transmiten a sus descendientes de generación en generación.

(Leyenda araucana)

LEYENDAS DEL CARIBE

Chibchacum, deidad patrona de Bacata, reparte entre los hombres las tierras, pero surge el conflicto por terrenos más o menos fértiles.

Al enterarse el Dios de la guerra fratricida entre los hombres, envía un castigo, del que sólo sale ilesa una pareja, una mujer y un hombre que olvidaron los odios y rencores ancestrales y se unieron por amor.

En la leyenda se refiere la existencia de oro y esmeralda en la región, lo cual es cierto, pues en ningún otro pueblo de América hubo tal abundancia de este metal precioso como en Colombia.

LA TIERRA DESOLADA

En cierta ocasión, el bondadoso dios Chibchacum abandonó las aguas profundas donde moraba y se dedicó a recorrer la tierra que estaba próxima al mar. Era una tierra hermosa; las montañas tenían altos picachos. El dios, complacido, pensó:

«Esta tierra es buena. Es una pena que nadie la habite.»

Y, desde aquel momento, en su mente se forjó la idea de crear unos seres que la poblasen. Pero Chibchacum comprendió que a aquel terreno le faltaba una cosa: los ríos y los arroyos, que sosiegan la mirada. Entonces, subió a las cimas de las montañas y con su poderosa vara hizo brotar el agua dulce que, corriendo por las laderas, engrosó y formó ríos profundos que buscaron el mar.

El dios sonrió feliz por lo que había hecho, pero dispuesto a continuar su obra, hizo que las montañas mismas guardasen en su interior metales preciosos, y que sobre el valle apareciesen altos árboles llenos de redondos frutos.

Después esparció la simiente de la que brotó el género humano y, satisfecho, tornó a las aguas de donde había salido.

Al poco tiempo, el hombre poblaba aquella tierra, pero sucedió que los que surgieron de la semilla que cayó en el valle, en la región más próxima al mar, no quisieron en ningún instante repartir sus tierras fértiles con aquellos otros hombres que vivían más próximos a las montañas, por lo que éstos, temiendo comenzar una guerra fratricida, pues el dios los había hecho buenos, abandonaron la tierra y se dirigieron al interior del país. Anduvieron muchas jornadas sin que encontrasen un lugar que les fuese agradable. Ellos, que habían nacido en un sitio cálido, se iban encontrando con los fríos intensos, con los fuertes vendavales que venían de los altos picachos, que cegaban los ojos e impedían el andar, y muchos perecieron en la empresa. El jefe

que los guiaba intentaba animarlos, poner un poco de esperanza en sus apagados corazones; pero el desaliento se iba apoderando de todos.

–Volvamos a la tierra de donde salimos –dijeron todos a su jefe–; no podemos continuar, y si nuestros hermanos nos rechazan, lucharemos. El gran dios sabe que nosotros no hemos deseado la guerra.

Comprendió el jefe de aquellos hombres que tenían razón y, contristado por las desgracias que afligían a su pueblo, decidió volver, sin temor a lo que sucediese.

Cuando el poderoso cacique del valle tuvo noticias de que unos hombres se aproximaban, preparó a los suyos y se dispuso a hacer frente a todo el que llegase. Con gran sorpresa vio que eran sus hermanos y, desde el primer momento, estuvo en guardia contra ellos. Al fin, aquéllos descendieron al valle y muy pronto los dos jefes se reunieron a deliberar.

–Ya veo que estás de vuelta –dijo el cacique poderoso–. ¿Qué es lo que ahora deseas?

–No mucho. Algo que nunca debí abandonar y que dejé por la dureza de tu corazón. A ti y a tu pueblo les sobra tierra y frutos para alimentarse. Déjanos vivir sobre una pequeña porción de terreno. El dios que nos creó se verá complacido.

El otro se rió al oír lo que decía. Veía que aquellos hombres estaban cansados y empobrecidos mientras que él y los suyos eran poderosos. Si comenzaban una lucha les sería fácil aniquilarlos, pero en el fondo sentía temor. Sabía que Chibchacum era bondadoso y que quería el amor entre los suyos, por lo que, temiendo las iras del dios, no se decidió a hacer nada hasta no consultar el caso con sus adivinos.

El brujo y los adivinos de la tribu organizaron rápidamente un solemne cortejo, que se dirigió al río más ancho y profundo que allí existía, pues en sus aguas moraba el dios Chibchacum. Arrojaron sobre ellas las ofrendas rituales y consultaron al dios.

–En nombre de nuestro jefe y de nuestra tribu queremos saber si podemos hacer la guerra a los que surgieron de la misma simiente que nosotros.

Entonces ocurrió un hecho prodigioso como jamás se había visto. El río hendió primeramente sus aguas y las levantó después con fuerza poderosa como las olas de un mar pujante

Cuando las aguas volvieron a remansarse, sobre la orilla apareció la ofrenda que el brujo había llevado.

–El dios rechaza nuestra ofrenda y nuestra petición. No comiences una lucha fratricida –dijo el brujo a su cacique–, porque seríamos aniquilados.

Las palabras del brujo y el hecho prodigioso que había presenciado, llenaron de temor al cacique que, desistiendo de sus propósitos, ofreció a sus hermanos una pequeña parte de la tierra.

Pero fue pasando el tiempo y el roce continuado fue haciendo crecer nuevos odios y enemistades, aunque también nuevos amores. Un día, hasta el cacique poderoso llegó la noticia de que su hija amaba a un fuerte muchacho que pertenecía a la otra tribu, y la noticia lo enfureció de tal modo, que decidió poner fin a aquella situación fuese como fuese y, olvidándose en su cólera de los deseos de paz del dios, preparó a sus hombres y se decidió a atacar la tribu hermana.

Desde su morada profunda oyó el dios, a través de las aguas, el rumor de las gentes inquietas y, deseoso de saber lo que sucedía, armado de su vara poderosa, subió a la superficie del río una noche en que Chía, la diosa madre, iluminaba la tierra con su redonda plenitud.

Caminó toda la noche, y vio, sin que su visita fuese advertida por alguien, los rostros de los hombres dormidos y en ellos comprendió lo que sucedía. Y así decidió acabar con la soberbia de aquel cacique, dando a todo el pueblo un castigo tan ejemplar, que quedase de él memoria para las generaciones venideras.

Fue hasta donde dormía la hija del cacique y deslizó un mandato en su oído. Cuando la joven despertó al día siguiente, sintió que algo extraño le ocurría, pero por más que intentaba comprender lo que era, no lo conseguía. Aquella misma tarde cuando fue, como otros días, a reunirse con su enamorado, al verlo sintió que en su corazón tenía un secreto.

–Escúchame –dijo la joven–; en este momento tengo para ti un mandato del dios de las aguas. Ahora sé que anoche ha estado a mi lado y me ha confiado una misión.

Él miraba lleno de extrañeza, sin poder comprender nada de lo que la muchacha le decía. Ella continuó:

–El dios me ha dicho: huyan los dos hacia el gran río sin pérdida de tiempo, pues voy a dar a tu tribu un castigo ejemplar.

–¡No puede ser!

–Estoy tan segura de lo que digo, que me siento impulsada a seguir el mandato de todas maneras.

–¿Estás dispuesta, entonces, a comenzar ahora mismo el camino? –le preguntó él.

–No puedo desobedecer.

No hablaron más, e inmediatamente se pusieron en camino. Los árboles daban sombra para caminar sin fatiga y les ofrecían sus frutos jugosos y refrescantes. Podrían llegar sin temor hasta el gran río, como el dios les había mandado.

Mientras tanto, el cacique, apasionado por los preparativos para la lucha, no se dio cuenta de que su hija había desaparecido, pero en cuanto lo supo, sospechando que había huido con el joven, él mismo, acompañado de algunos de sus guerreros, salió en su busca en cuanto pudo hallar el rastro que los enamorados dejaban.

El cacique iba furioso, no sólo por el hecho de que su hija huyese con quien a él no le era agradable, sino porque con ello interrumpía sus preparativos y daba lugar a que los de la otra tribu se preparasen con más tiempo. Por eso caminaba deprisa y su cólera no tenía límites.

Un día, a la hora en que el sol abrasaba la tierra, los dos jóvenes descansaban, cuando el fino oído del muchacho percibió unas lejanísimas pisadas. Escuchó atentamente sobre el suelo y comprendió que eran perseguidos.

–Tenemos que seguir caminando –le dijo a ella–. Nos persiguen.

Rápidamente estuvieron de nuevo en camino, pero sabían que era muy difícil borrar las pequeñas señales que quedaban a su paso, y por lo tanto no había más que un medio de burlarlos: llegar al río y pedir ayuda al bondadoso Chibchacum, pero aún les quedaba mucho por caminar. Hicieron un esfuerzo y continuaron la marcha, pero cada vez que el joven ponía su oído sobre el suelo comprendía que sus perseguidores les iban ganando camino.

–Temo que nos den alcance –dijo él– al llegar la noche.

Entonces ella se paró un instante, e imploró al dios de las aguas:

–Yo te he obedecido, bondadoso Chibchacum; ven ahora en nuestro auxilio, porque si no, pereceremos.

La poderosa Chía oyó la súplica, e iluminando el gran río donde el dios habitaba, le comunicó la plegaria.

Chibchacum volvió con su vara potente sobre la tierra, y tocando con ella la base de las montañas, hizo que éstas se desplomasen y abriesen una sima inmensa en el suelo. Por un instante brillaron los filones de oro y las verdes esmeraldas; y la roja tierra del hierro poderoso mostró sus entrañas profundas antes de sumergirse en la gran boca abierta. Los ríos se precipitaron impetuosos y arrancaron con violencia los hermosos árboles, llenos de frutos; la tribu del cacique poderoso se vio sumergida en las aguas, todos los hombres fueron arrastrados hacia la gran sima y allí perecieron. Sólo se salvaron los dos jóvenes que caminaban hacía el río.

Desde entonces, la tierra que había sido fértil se convirtió en árida y reseca; casi todos los árboles desaparecieron; sólo el sol, a fuerza de siglos, con su poder creador hizo brotar algunos de ellos, que remedan pobremente a los que existieron antes. Desaparecieron también los ríos, tragados por la tierra, y sólo a lo lejos quedó el gran río, el que después llamaron Magdalena, y que ofreció un paso seguro a los dos enamorados.

De tanta riqueza quedó una: los maravillosos metales con que Chibchacum, el dios bondadoso, enriqueció las montañas y que ahora están bajo el suelo reseco y calcinado.

(Leyenda chibcha)

La leyenda de El Dorado tuvo una gran trascendencia entre los europeos que, ávidos de oro, buscaron sin descanso ese lugar de promisión.

Hay más de una variante de la leyenda, pero lo real y constante en todas es la ceremonia que hacian los caciques, con el cuerpo espolvoreado de oro, quienes se sumergian en algunas lagunas, en determinadas fechas del año. La laguna preferida era la de Guatavita.

EL DORADO

Muchísimos años antes de que los conquistadores españoles llegasen a las tierras colombianas, existió una tribu muisca que vivía en los alrededores de la laguna de Guatavita. Su cacique era el más poderoso de todas aquellas regiones y ninguna otra tribu se atrevía a hacerle la guerra, pues la fama de su valor personal era tan grande, que todas las demás tribus estaban seguras de salir vencidas en la lucha. A la vez existía la idea de que un dios poderoso cuidaba del cacique, por lo que nunca podría ser vencido. De este modo, la tribu Guatavita había subyugado a las que vivían en sus proximidades, enriqueciéndose con los numerosos tributos que éstas tenían que entregarle puntualmente.

El cacique vivía feliz con su mujer y una preciosa hijita a la que adoraba; pero un día, la mujer dio señales de locura y, aunque fueron momentáneas, la intranquilidad y la angustia desterraron la felicidad de la casa del cacique. Éste, lleno de preocupaciones, llamó una tarde al hechicero de la tribu.

–Dime, ¿qué he de hacer, qué remedios existen para que a mi mujer no le repita la locura? –preguntó el cacique–. Tú viste sus ojos, oíste sus palabras que nada decían. Dime, dime qué he de hacer.

El hechicero permanecía silencioso e impávido ante las súplicas del cacique. Después, le dijo:

–No has de hacer nada, sino dejarla con toda libertad, pero tan sólo aparente. Ten siempre alguien que la vigile sin que ella se dé cuenta, y nunca ni tú ni nadie vuelva a hablarle de lo que ha sucedido. Procura que la tranquilidad reine a su alrededor y, mientras tanto, la primera noche de luna llena encenderemos la hoguera sagrada y pediremos a los dioses que la libren del maléfico influjo que los astros han lanzado sobre su cabeza.

Así dijo el hechicero, pero sus palabras no devolvieron la calma al cacique; sin embargo, desde aquel momento varias jóvenes tuvieron como única misión dentro de la vivienda del cacique la vigilancia de la mujer de éste.

Ella, como no recordaba nada de lo que la otra vez le había sucedido, seguía viviendo feliz con su hija, a la que con frecuencia llevaba a pasear hasta las orillas de la laguna, donde gustaba de hacer lindas guirnaldas de flores con las que adornaba a la pequeña.

Una tarde, mientras la niña jugaba, la madre se puso a mirar fijamente las verdes e inmóviles aguas de la laguna. De pronto, le pareció ver un enorme dragón que se deslizaba por el fondo, pero su aspecto no le causaba ningún temor. Todo fue en un momento, porque un rayo de sol, pasando entre las inquietas hojas de los árboles, llegó hasta aquel lugar de la laguna e hizo desaparecer la visión. La mujer siguió mirando durante mucho tiempo e intentó desentrañar el oscuro fondo de las aguas, pero todo fue en vano. Poco después, volvía silenciosa hacia el poblado acompañada de su hijita. En su mente estaba fija la visión del dragón verde, y la muchacha que de lejos vigilaba a la hermosa mujer del cacique, no pudo sospechar, viendo sus correctos ademanes, que un nuevo ataque de locura estaba a punto de estallar.

–¿Sabes que he estado en la laguna de Guatavita? –dijo a su marido.

–No lo sabía –respondió él–. Pero ¿no estará un poco lejos para llevar hasta allí a nuestra pequeña?

–No lo creas. La niña es la primera que desea ir a ese lugar. Además, ¡si supieras lo que he visto!

El cacique se alarmó ante las últimas palabras, pero, fingiendo una despreocupación que estaba muy lejos de sentir, le preguntó:

–¿Sí? ¿Qué es lo que has visto?

Entonces ella se acaloró ante el recuerdo, y, mirando a todas partes como si temiese ser oída por otras gentes, le dijo apasionada y quedamente:

–En el fondo de la laguna he visto un dragón que se paseaba por ella sin apenas mover las aguas. Sus escamas eran de un verde brillante, como si todo el cuerpo estuviese cubierto de es-

meraldas. Hubo un momento en que me miró, pero su mirada no era de maldad. Luego desapareció en un instante, y por más que miré y miré el fondo de la laguna, no pude volverlo a ver.

–Más vale que no vuelvas por allí, no sea que ese dragón tenga malas intenciones –le contestó el cacique.

Su voz vacilaba temerosa, pero ella, al borde de la locura, no pudo comprenderlo, y le contestó:

–Ya te digo que tiene aspecto de bondad. Estoy segura de que no me hará ningún daño.

Él no quiso contradecirla, pues vio que sus ojos eran dos oscuras llamas, pero no se quedó tranquilo hasta que la vio dormida. Sin embargo, aquel sueño fue turbio y agitado. Ya estaba próximo el amanecer, cuando ella despertó y creyó ver en la penumbra los ojos candorosos del dragón que le pedían seguirlo. Se levantó, miró hacia todas partes sigilosamente y, cogiendo a la hijita, que aún dormía, salió por la parte de atrás de la cabaña y se escondió durante unos minutos entre unos árboles cercanos. Desde allí vio que todo permanecía en silencio, que nadie había descubierto su salida. Entonces sonrió tranquila mientras se calmaban los fuertes latidos de su pecho. Después, pensando sólo en el verde dragón de Guatavita, huyó alocada, siempre con su hija en los brazos, hasta llegar a la laguna. Se sentó en la orilla y miró hacia el fondo. El dragón la miraba, le sonreía, la llamaba... No pudo resistir más y, cegada por la locura, se arrojó al fondo de las aguas.

A la mañana siguiente, la tribu de los muiscas estaba llena de agitación. A todas las cabañas había llegado la noticia de la desaparición de la mujer del cacique y se recorrían con afán todos los lugares en su busca. Sin embargo, el cacique recordó lo que su mujer le había dicho sobre el dragón de la laguna, y se dio cuenta de lo que había sucedido, y tuvo una certera sospecha. Llamó a los sacerdotes y al hechicero de la tribu, les contó lo que su mujer había visto en su alucinación, y, enseguida, todos se fueron hacia la laguna de Guatavita. Miraron minuciosamente todos los alrededores, siempre deseosos de hallar cualquier indicio que no demostrase lo que se temía. Pero fue inútil. Al fin, un agudo grito de terror del cacique hizo que todos se reunieran a su alrededor y mirasen hacia el lugar donde él señalaba: flotando sobre las aguas estaba una cinta con la que su mujer se sujetaba las largas trenzas. Todos bajaron la

cabeza silenciosos. Después, siempre en el mayor silencio, volvieron al poblado.

Desde que el cacique comprendió lo que había sucedido, cayó en una profunda apatía, y ya no hubo cosa que le sacase de ella o le prestase algún consuelo. Ni las soberbias ceremonias que los sacerdotes de la tribu hicieron en honor de la desaparecida, ni las danzas del hechicero en las noches de luna llena, ni siquiera la noticia de que las tribus vecinas intentaban atacarlo para librarse de su yugo, fueron capaces de hacerlo despertar del letargo en que había caído.

No pasó mucho tiempo. Una mañana, todas las gentes del poblado despertaron sobresaltadas. Una de las tribus sometidas al cacique muisca intentaba librarse de la opresión y había atacado por sorpresa. Todos los guerreros se apresuraron a defenderse; sólo el cacique recibió con la apatía habitual la noticia y permaneció en su cabaña sin intentar ni por un momento coger el poderoso arco.

A duras penas, los guerreros muiscas vencieron a sus atacantes. Después, aquellos que poseían una mayor autoridad, se reunieron con el hechicero y los sacerdotes. Habló uno de los guerreros:

–Hoy hemos vencido un peligro, pero ha sido sólo por un momento. Si nuestro cacique sigue como hasta ahora, todas las tribus dejarán de temer su brazo poderoso. Se unirán contra nosotros y terminaremos siendo sus esclavos. Por otra parte, no podemos nombrar nuevo cacique sin exponernos a la ira de los dioses. Por tanto, hay que buscar el modo de que el cacique olvide a su mujer y a su hija. Es preciso que nuestro cacique sea el que fue hasta hace muy poco tiempo.

Calló el guerrero, y todos se miraron en una muda aprobación. Había que sacar al cacique de su apatía, pero ¿cómo? De pronto el hechicero, que conocía toda la historia del dragón, tuvo una idea que no podía exponer ante los demás si no quería él mismo caer en el descrédito. Pero era una idea que podía salvar al cacique y a toda la tribu.

Entonces dijo:

–Mañana, en presencia de todos, haré una invocación a los espíritus de la laguna, y quizás ellos nos den la solución que de-

seamos. Yo mismo me encargaré de lograr que el cacique esté presente en la ceremonia. Los sacerdotes irán a buscarlo en el momento que yo indique.

Todos temieron una negativa del cacique y, con esos temores en el corazón, se dispersaron.

A la mañana siguiente, el hechicero se presentó ante el apagado jefe, y sus primeras palabras cayeron en el vacío más absoluto. Luego, le dijo:

–He hecho unas invocaciones a determinados espíritus y me han revelado una tremenda verdad: el dios que domina las aguas de Guatavita es un poderoso dragón.

Calló el hechicero, y pronto vio el efecto de sus palabras. El cacique se puso muy rápido en pie.

–¿Es verdad lo que dices? –preguntó.

–Tan verdad como que esta noche voy a hacer ante todos los sacerdotes y, ante ti mismo, si deseas acudir allí, una invocación al verde dragón de la laguna, que se deja ver, muy de tarde en tarde, sólo por algunos seres. Tu mujer ha sido uno de ellos.

–Entonces ¿podré saber algo de ella y de mi hija?

–No puedo asegurarte tanto –contestó astutamente el hechicero–, pero lo intentaré –después, el hechicero se marchó, pero ya había llenado de nuevos deseos el ánimo del cacique, deseos que él procuraría animar en la tremenda ceremonia que había imaginado.

Llegó la noche, y los sacerdotes fueron en busca del cacique y lo acompañaron hasta la hoguera ritual, encendida en medio del poblado. Todas las gentes estaban a su alrededor llenas de un sagrado terror ante los hechos que se avecinaban. Entonces comenzó al fondo un acompasado tam tam y los sacerdotes iniciaron su contorsionada danza; en medio de ellos, el hechicero con su atuendo giraba entre gritos y convulsiones. De pronto, cesó la danza, el hechicero removió el fuego sagrado e hizo las invocaciones que creyó precisas. Después, un pesado silencio se cernió sobre todos los presentes, hasta que el hechicero se levantó, fue hacia el cacique y le dijo:

–Entre nosotros está el espíritu del dios de la laguna, quien me ha escogido para comunicarte que tu mujer y tu hija han sido recogidas por él y llevadas a su mansión. Por eso, no intentes nunca buscar sus cuerpos en el fondo de las aguas. Allí,

en su palacio lleno de oro y pedrerías llevan ellas una existencia feliz.

El cacique sentía que su dolor se iba suavizando y, deseoso de que no muriese aquel momento en que podía saber algo de su mujer y de su hija, dijo al hechicero:

–Pregunta al dios, en mi nombre, qué debo hacer, por si acaso he de ir a reunirme con ellas al fondo de la laguna.

El hechicero comenzó de nuevo sus gritos y contorsiones para después permanecer inmóvil con los ojos estáticos. Luego dijo:

–Aún no ha llegado tu hora. Esto es lo que me dice el dios. Lucha contra tus enemigos, gobierna a tus súbditos y, cuando llegue tu muerte, él te reunirá con las que amas. Mientras tanto, todos los años irás a la laguna y harás esta ceremonia.

Y a continuación, le explicó lo que allí debía hacer.

Así fue como, con este ardid, cuyo secreto sólo él sabía, el hechicero sacó al cacique de su apatía y lo tornó a su vitalidad acostumbrada. Desde entonces, las tribus vecinas volvieron a temer al cacique muisca, y siguieron sometidas sin hacer intento alguno por liberarse.

Pasó algún tiempo, la tribu vivía en un momento de paz, y el cacique creyó llegada la hora de ir a Guatavita y ofrecer al dios de aquellas aguas la ofrenda debida. Para ello reunió gran cantidad de oro y piedras preciosas –esmeraldas especialmente– junto a enormes cantidades de terebinto y otras maderas olorosas. Después, junto con el hechicero, los sacerdotes y los más nobles de la tribu se dirigió, en medio del gran ceremonial, a la laguna de Guatavita. Allí, jalonando la laguna, se habían levantado numerosas hogueras, y el pueblo se apiñaba en sus alrededores deseoso de no perder el más pequeño detalle. Una balsa hecha de juncos y arreglada con lujo esperaba la llegada del cortejo. El cacique venía resplandeciente al centro de todos; su cuerpo había sido primero untado de aceite de trementina y luego habían espolvoreado sobre él gran cantidad de oro hasta quedar completamente cubierto del dorado metal. Y así subió a la balsa, sobre la que ya ardían cuatro hogueras que perfumaban el aire, pues estaban alimentadas con el terebinto y las maderas olorosas que había reunido. Desde el centro de la balsa cegaban los ojos de los espectadores los destellos de las innumerables esmeraldas que el cacique iba a ofrecer al dragón

para contentarlo y halagar a su esposa, a la que creía viva en la mansión del dios.

La balsa, cuyos remos eran movidos por los más nobles de la tribu, avanzó en el silencio hasta el centro de la laguna. Allí, mientras los sacerdotes entonaban cantos al dios de las aguas, el cacique iba arrojando al fondo de ella toda la pedrería de la balsa. Después, con ágiles movimientos, se lanzó a la laguna y permaneció nadando hasta que todo el oro de su cuerpo se hubo desprendido. Entonces volvió a la balsa, mientras el pueblo prorrumpía en gritos de júbilo.

Desde entonces, todos los años se mantuvo aquel ceremonial, que fue continuado por mucho tiempo entre los caciques muiscas, surgiendo de este modo la leyenda de El Dorado.

(Leyenda chibcha)

Los chimilas hasta la llegada de los españoles se dispersaban en un área extensa entre la Sierra Nevada, la de motilones, el César y el río Magdalena, en Colombia. Esas son tierras bajas «donde el invierno provoca los desbordamientos de los ríos y la subida de las lagunas».

Los chimilas «usan el arco de poca longitud caracterizado por las incisiones para fijar la cuerda».

En la leyenda se «explican» dos sucesos: uno, la peculiaridad del morrocoyo de poseer una concha dura; y el otro, cómo sirve de comida.

LA SUERTE DEL MORROCOYO

Antes los morrocoyos eran gente como nosotros. Entonces no tenían concha y vivían en los árboles.

Un día dos hombres iban monteando y encontraron un morrocoyo en un árbol.

–¡Mátalo! –dijo uno de los hombres.

–No voy a matarlo –dijo el otro–; es gente como tú y como yo.

Pero el otro insistió:

–Mátalo.

Así que el hombre disparó su flecha y pegó al morrocoyo en una pata de atrás. Por eso es por lo que el morrocoyo todavía tiene las patas de atrás como tiesas.

El morrocoyo se enganchó con la cola en el árbol y no cayó. Entonces dijo el hombre:

–Voy a trepar al árbol para bajarlo.

Así fue, y el hombre trepó al árbol y cortó la cola del morrocoyo, y por eso tienen todavía la cola tan corta.

Entonces el morrocoyo se cayó a la tierra y los dos hombres le pegaron duro. Entonces dijo el morrocoyo:

–Ahora sí que las cosas van mal.

Pero empezó a correr y corrió mucho, y por fin se lanzó al agua para escapar de los hombres. Así fue, y los hombres lo dejaron porque no quisieron seguirlo al agua.

Por la mañana vino una mujer a coger agua, y el morrocoyo, cuando la vio, dijo:

–Ayer casi me mataron; hoy voy a matar a esta mujer.

Entonces cogió su arco y flecha, disparó y mató a la mujer.

Como la mujer no volvió a la casa, los hombres fueron a buscarla. Fueron al agua y allá la encontraron muerta.

Entonces dijeron los hombres:

–¿Quién mató a la mujer? Sería el morrocoyo.

Así dijeron, y entonces fueron a buscar al morrocoyo. Lo encontraron en el agua y lo mataron.

Un hombre se llevó al morrocoyo muerto a la casa y dijo:

–Voy a comérmelo.

Los otros dijeron:

–No hagas eso.

Pero el hombre peló al morrocoyo, lo asó y lo comió.

–Es muy sabroso– dijo el hombre.

Desde entonces los morrocoyos están siempre cerca del agua para matar a las mujeres, pero ya no pueden porque no tienen arco ni flecha.

Desde entonces los morrocoyos se hicieron una concha dura de corteza de árbol porque tienen miedo de los hombres.

Desde entonces los morrocoyos se comen y es comida muy buena.

Pero antes los morrocoyos eran gente como nosotros.

(Leyenda chimila)

Las tierras de la Guajira presentan en su vastedad distintos tipos de vegetación: tienen tres partes muy diferentes entre sí: la norte, que es semidesértica, árida y cubierta de cardonal; la montañosa, cubierta de selva tropical, y la plana del sur, que está vestida de árboles bajos en su mayoría, adaptados a la sequía.

Esta leyenda se refiere a una situación concreta que debe haber pesado sobre la vida de los guajiros de la región más árida.

LOS MONTES DE LA GUAJIRA

Después que Maleiwa, el espíritu bueno, había creado la tierra, volvió a su morada, al cielo azul que se extiende por encima de las nubes. Allí vivía tranquilo, rodeado de sus hermosas hijas, hasta que un día éstas se reunieron y dijeron a Maleiwa:

–Padre, todas queremos tener un pedazo de tierra que nos pertenezca, poder pasear por nuestros propios valles y montañas, mirarnos en nuestros ríos... y mandar sobre algunas gentes.

Maleiwa sonrió con bondad a sus hijas, y éstas, al ver la buena acogida de su petición, continuaron a coro presionando al buen espíritu, hasta que éste les dijo:

–Callen, callen; ahora mismo les repartiré la tierra que he creado.

De inmediato fue dando a cada una su parte, y pronto Maleiwa se vio solo en el cielo, pues todas sus hijas bajaron corriendo a mirar las bellezas que les habían correspondido.

Cuando el cielo se quedó silencioso, sin las hermosas jóvenes, apareció la más pequeña de las hijas de Maleiwa, quien dijo a su padre con cara compungida:

–¿Qué me darás a mí, padre mío?

El buen espíritu se quedó sorprendido.

–¿Cómo es que no estabas aquí con tus hermanas? –le dijo–. Ahora no tengo nada que darte; he repartido entre ellas toda la tierra.

–Entonces, ¿no tendré yo nada que sea verdaderamente mío, como mis hermanas?

La joven miró con tanta tristeza a su padre, que éste se sintió conmovido y, deseoso de complacerla, miraba a través de las nubes para ver si había quedado alguna parte sin repartir, aun-

que fuese pequeña. Pero por más que su penetrante mirada iba de un lado para otro, no veía nada que pudiera dar a su hija.

–No sé, no sé, hija mía. Todo lo tienen ya tus hermanas. Yo mismo no puedo obligarlas a que te den una parte...

–Tú lo puedes todo, padre. Tienes que tener algo para mí.

Entonces, Maleiwa se fijó en el mar, allí donde éste se metía profundamente en la tierra y formaba un inmenso lago de aguas quietas. Su tranquilidad era tanta, que Pará lo había elegido por morada. Pero él, Maleiwa, tenía poder sobre el lago, y podría retirar las aguas y dejar un poco de tierra para su hija. Y así como lo pensó se lo dijo a la joven.

–El único inconveniente es que la tierra será arenosa y tardará en tener vegetación. Además, estará despoblada. Pero esto es lo único que puedo darte, hija mía.

La hija de Maleiwa, viendo el buen deseo de su padre, se conformó. Enseguida la potente voz del dios se dejó oír en el espacio, y Pará fue retirando las aguas. Curvada sobre el lago, apareció una franja de tierra arenosa y rojiza.

–Ésa es tu posesión –dijo el contristado dios a su hija.

Pero ella palmoteó gozosa como si hubiera recibido la más fértil de todas las tierras y, dando las gracias a su padre, descendió a la parte que ya le pertenecía.

La tierra no estaba aún seca del todo, pero a la hija de Maleiwa no le importaba hundir sus pies en la humedad, y corrió de un lado para otro hasta llegar a las orillas del lago. Se miró en las aguas verdes, quietas de nuevo después del reflujo, y oyó la voz dulce de Pará, el espíritu profundo que la llamaba, pero la joven no quiso escucharlo y siguió corriendo. Todo estaba desierto; ningún ser humano ocupaba aquella tierra inhóspita, tan sólo Mensh, el tiempo, desde lo alto de una pequeña roca la cubría con su inmóvil mirada que la iba transformando lentamente. Bajo sus ojos poderosos, las más pequeñas lagunas se fueron empequeñeciendo y un día acabaron por desaparecer. Las arenas movedizas fueron tomando consistencia y sobre ellas surgieron algunos árboles, que rompieron con su presencia la monotonía del terreno.

Cuando la hija de Maleiwa se dio cuenta de los beneficios que Mensh concedía a su posesión, accedió a ser su esposa. Sus descendientes poblaron toda aquella tierra y ella se sintió feliz.

Pasó mucho tiempo, tanto que los descendientes de la hija de Maleiwa eran ya numerosísimos, y algunos empezaron a encontrarse a disgusto en aquella tierra .Uno de los más descontentos era Guarapú, jefe del poblado, quien desde que abandonó la niñez y se dio cuenta de lo poco fértil que era la tierra en que vivían, intentó buscar una solución. La cuestión se ofrecía fácil a sus ojos: tener más tierra y con ella más frutos. Pero al otro lado del poblado de Uchi Juroteka, donde ellos vivían, estaban otras tierras hermanas. Todos los habitantes de la Guajira eran hermanos, todos eran hijos de la hija de Maleiwa y no debían luchar unos contra otros, si no querían despertar las iras del buen espíritu. Así era como Guarapú pensaba y pensaba, sin hallar solución.

Un día, el joven jefe reunió a los hombres más importantes de la tribu: allí estaba el fuerte Itojoro, el que era capaz de hacer largas caminatas sin cansarse; Wojoro, que había ido ganando prudencia con la edad; Wososopo, el ágil joven que causaba admiración entre las mujeres, y otros muchos, todos animosos y llenos de vigor.

Cuando Guarapú vio que todos lo rodeaban anhelantes, pendientes de lo que él pudiera decirles, sintió un poco de temor y hasta comprendió que los planes que había forjado y que le parecieron sensatos en otros momentos, carecían ahora de todo juicio. Pero al mirar a los que lo rodeaban, vio la tierra arenosa, y un nuevo ímpetu caldeó su corazón. Entonces las palabras fluyeron ardientes de su boca y no tuvo que esforzarse mucho para convencer a los que lo oían de la necesidad de abandonar aquella tierra y salir en busca de otras más fértiles.

–En modo alguno lucharemos con nuestros hermanos –dijo Guarapú–; al contrario, les dejaremos lo que ahora poseemos y nosotros saldremos en dirección al gran lago, lo atravesaremos y seguiremos en busca de una tierra distinta de la que ahora tenemos.

A todos les pareció buena la proposición de Guarapú, y se entusiasmaron con ella.

–Si es necesario luchar –continuó el jefe del poblado–, lucharemos, pero marchando hacia allí no será con nuestros hermanos; no quebrantaremos la paz que debe reinar entre nosotros.

Una vez aceptada la propuesta de Guarapú, todos se retiraron a sus chozas y comenzaron los preparativos para la marcha.

Pocos días después, todo estaba dispuesto y los hombres emprendieron alegremente la marcha. Había algunos que se impacientaban porque no se hacía tan deprisa como ellos querían; entre ésos se encontraban varios hermanos, los Monkis, unos muchachos ágiles, alegres y vivaces. Pero Wojoro, el prudente, no cesaba de calmar sus ímpetus.

–No malgasten ahora las energías –les dijo–, pues no sabemos por cuanto tiempo tendremos que caminar, ni las sorpresas que el camino puede traernos.

Después no fue necesario decirles nada; la monotonía del paisaje fatigaba la vista, y las movedizas y cansadas arenas, el cuerpo; pero todos seguían animosos, deseando recrearse con las verdes y quietas aguas del gran lago en el que concentraban todas las esperanzas.

Pasaban los días y aumentaba el cansancio de los hombres. En las primeras marchas, las horas de descanso eran acogidas con entusiasmo. Todos hablaban haciendo planes para el futuro; después, ya no volvieron a hablar apenas, si no era para renegar de la empresa comenzada.

«No debimos nunca salir de Uchi Juroteka. No debimos abandonar la tierra que Maleiwa creó para nosotros.»

–Vamos, vamos –alentaban los más jóvenes–. Tenemos que caminar en la noche, así el sol no podrá abrasarnos. Pronto llegaremos al gran lago, nos refrescaremos en sus aguas y se habrán acabado nuestras penas. Después, la tierra será hermosa y fértil.

Y de nuevo comenzaban la marcha por los desiertos arenales.

Un día en que el viento levantaba torbellinos de arena abrasadora, Wojoro, el prudente, sintió que las fuerzas le fallaban. Tenía más edad que sus hermanos, no podía continuar.

–Esperen un momento –les dijo–. No puedo seguirles el paso.

Todos amenguaron la marcha porque Wojoro era amado y respetado en la tribu. Algunos, los que aún se encontraban con mayor resistencia, se pusieron a su lado y lo ayudaron. Pero, a pesar de todo, Wojoro y los que lo ayudaban empezaron a quedarse atrás.

–Esperen un poco todavía –gritó Wojoro. Pero él mismo comprendió que su grito y su esfuerzo eran inútiles.

–Sigan, sigan ustedes –dijo a los jóvenes que iban a su lado y que miraban con preocupación al grupo que se iba desgajando

de ellos–. Voy a descansar un rato. Luego, cuando el sol decline, los alcanzaré.

Y Wojoro se separó de los dos muchachos y se tendió sobre la arena abrasadora. El sol seguía poderoso en lo alto, y Wojoro supo que no volvería nunca a levantarse de allí.

Los demás continuaron el camino. A un lado una enorme piedra detenía el ímpetu de las arenas e invitaba sentarse a descansar. Guarapú comprendió, al verla la tentación con que sus hombres iban a encontrarse, y les dijo:

–Sigamos, sigamos todos hacia adelante. El lago está ya muy cerca. No miren esa piedra engañosa.

Y el grupo de hombres fue pasando frente a ella con gran esfuerzo; solamente Epits dijo:

–Voy a sentarme un momento para descalzarme. Sólo un momento, pues las sandalias se clavan en mis pies ardientes.

Epits se sentó mientras los demás seguían la marcha fatigosa. El joven se quitó las sandalias y agitó los pies doloridos.

A lo lejos, el grupo de caminantes se iba reduciendo cada vez más, hasta ser una pequeña mancha oscura.

Epits los miraba alejarse seguro de que pronto los alcanzaría; para eso iba a comenzar el camino con cierto descanso. Y con este pensamiento los dejó alejarse un poco más aún. Cuando al fin decidió ir tras los suyos, sintió que una fuerza enorme, irresistible, lo pegaba a la piedra. Por un instante creyó que era una pesadilla, y, concentrando todas sus energías, intentó un salto hacia la arena tan próxima. Pero todo fue inútil, pues como si unos invisibles tentáculos lo oprimiesen y sujetasen, se sintió incapaz de todo movimiento. Entonces Epits gritó:

–¡Guarapú! ¡Itojoro! ¡Vengan, vengan para que me ayuden!

Nadie oyó su angustiosa llamada. Al anochecer, el grupo de guajiros esperó inútilmente la llegada de su compañero.

Aún siguieron caminando unos pocos días más con la esperanza de llegar al gran lago donde residía Pará, el espíritu de los mares, cuando la sed primero y el hambre después constituyeron un tormento nuevo. Y fueron sucumbiendo Wososopo y Tsitsí y otros muchos que quedaron por el camino. Muy pocos continuaron la marcha, poquísimos los que llegaron a sentir la fresca brisa del lago y el rumor de sus aguas. Entre ésos estaban los hermanos Monkis, a quienes la juventud y el entusiasmo levantaron el ánimo en los momentos más difíciles. Junto a ellos,

que miraban regocijados las aguas, estaba Guarapú, silencioso, estático, cargado de pesadumbre por el desastroso final a que había conducido a su tribu.

–Al fin hemos llegado –dijo con tristeza a los Monkis–. Ahora, espérenme, yo voy a descansar junto a las aguas.

Y Guarapú se quedó dormido sin poder sospechar que no volvería a mirar el codiciado lago. Los Monkis corretearon por las orillas, y al fin se sentaron a descansar. Un sueño profundo los invadió, tan profundo, que no despertaron de él.

Mientras tanto, la hija menor de Maleiwa, al saber lo que aquel grupo de guajiros había intentado, sintió una pena profunda. Pues su amor por aquella franja de tierra arenosa que su padre le había concedido era tan grande, que no comprendía aquel deseo de abandonarla. Por eso, fue a la morada del padre y se quejó de sus descendientes.

–Han querido abandonar mi tierra –le dijo–, porque era reseca y pelada. Fue Guarapú el que intentó conducirlos más allá del gran lago.

–¿Lo han atravesado ya? –preguntó Maleiwa.

La hija le señaló a través de las nubes a los que dormían junto al lago y a los muchos que habían perdido su vida en el camino.

–¡Ah, ah! –dijo Maleiwa–. Todos están aún allí. Yo te aseguro, hija mía, que no abandonarán la tierra que les diste. Desde este momento todos quedarán convertidos en cerros.

Y desde aquel instante, la tierra arenosa robada al mar, se llenó de colinas, y cada una de ellas conservó el nombre del guajiro que quiso abandonarla.

(Leyenda guajira)

Los waica o yanomamos es un pueblo del Alto Orinoco (territorio Amazonas), en Venezuela. Viven fundamentalmente de los peces, larvas. Cultivan la yuca. En sus comidas usan la ceniza y no la sal.

Según los waicas, Omawë es un héroe civilizador que entregó a su pueblo muchas cosas buenas, tales como: variedad de peces y la primera anaconda.

En esta leyenda vemos la valentía en lucha contra la mezquindad y el egoísmo.

OMAWË

Antiguamente era uno sólo el yanomamo que poseía el fuego: Iwa-riwë. Era alto y caminaba despatarrado. Era tan celoso de su fuego, que lo guardaba escondido debajo de la lengua. Iwa-riwë era el más malo de los yanomamos. Era malo porque era mezquino: a nadie cedía ni siquiera una llamita de su fuego. Los otros yanomamos regresaban de cacería y le pedían a Iwa-riwë un poquito de fuego para asar la carne. ¡Nada! Tenían que lavarla bien, frotarla sobre una piedra, exprimirle toda la sangre, y luego se la comían cruda.

Llegaban las lluvias y hacía frío. Iwa-riwë escupía una parte de su fuego, encendía el fogón, cocinaba sus alimentos y se calentaba de lo lindo. Cuando quería, con las manos apagaba el fuego. A los otros yanomamos no los dejaba siquiera acercarse al fogón.

Iwa-riwë no tenía amigos. Los hombres mezquinos no pueden tenerlos. Los yanomamos, resignados, ya nada esperaban de él. Estaban cansados de pedirle un poquito de fuego.

Pero había un hombre pequeño, charlatán y muy avispado, que no se rendía. Se llamaba Yorekitirami. Iwa-riwë lo rechazaba, pero él seguía rondando junto al chinchorro del dueño del fuego. Le hablaba mucho y lo hacía reír con sus morisquetas. Cuando Iwa-riwë se movía, no lo perdía de vista.

Con las lluvias, de noche, hacía mucho frío. Había muchos yanomamos resfriados que tosían. Con el fuego de Iwa-riwë se habrían podido calentar. Eso hubiera bastado para curarlos. Pero el dueño del fuego seguía terco. Les negaba su fuego también a los enfermos. En fin, se burlaba de todos. Hasta a Iwa-riwë le dio gripe.

Era una mañana de densa neblina. Iwa-riwë se levantó con un gran dolor de cabeza, pero tenía sueño: la gripe no lo había dejado dormir. Volvió a acostarse como todos los demás. Nadie

iba al conuco. Nadie salía a cazar. Todos estaban enfermos. Desesperados, algunos se acercaron a Iwa-riwë y le suplicaron:

–Somos tus parientes. Danos un poco de fuego, que nos vamos a morir.

Todo fue inútil. Pero Yorekitirami seguía cerca del chinchorro de Iwa-riwë, alerta como nunca. El dueño del fuego dormitaba, cuando, de pronto, estornudó.

–¡Atchún! El fuego había saltado afuera de su boca. Iwa-riwë, aturdido, no sabía qué estaba pasando. Cuando se dio cuenta de lo sucedido, Yorekitirami ya tenía el fuego entre sus manos y corría lejos, saltando loco de contento.

Iwa-riwë había perdido el fuego. Entonces, se enfureció y huyó lejos del xapono... No quería ver más a los yanomamos. Desesperado se zambulló en las aguas del río y se transformó en babilla.

Yorekitirami volvió al xapono y distribuyó el fuego entre todos los yanomamos. Cuando vio que todos tenían su fogón prendido, se puso más contento todavía y dio un salto tan alto que fue a parar a las ramas de un árbol. Allí, y poco a poco, en todos los árboles de la selva fue dejando una chispita de fuego. Por eso la madera se quema. En la planta del cacao puso más: por eso es el palo que sirve para prender el fuego. Yendo de árbol en árbol, él se transformó en un pájaro negro de pico rojo como el fuego.

Cuando Iwa-riwë escupió el fuego, Pre-yoma, una mujer que estaba allí, chilló horrorizada y dijo:

–Ese fuego que ustedes tanto querían y que Yorekitirami le sacó a Iwa-riwë los hará sufrir. Debían dejarlo tranquilo en la boca de su dueño y habrían sido felices. En cambio, han sacado algo *parimi* (eterno) que los hará sufrir siempre: todos ustedes y todos los descendientes de ustedes se quemarán con el fuego (Se refería principalmente a la cremación de los cadáveres). Yo viviré feliz sin fuego. Nunca el fuego tocará mi cuerpo.

Eso dijo la mujer y fue a tirarse al agua de un caño. Allí quedó transformada en un sapito de color anaranjado. Es el sapito llamado *pre-yoma*, cuyo espíritu invocan los piaches para enfriar el cuerpo de los enfermos que tienen fiebre. El nombre se deriva onomatopéyicamente de su canto: *¡pren, pren, pren!*

(Leyenda waica)

Los indios cunas ocupan una vasta región de Panamá –territorios indios insulares y también áreas del Continente.

Poseen un rico mundo mítico, pero son hombres apegados a las plantas. «La flora es la farmacia de los kuna. Los ayudan a orientarse en ella los nele, como denominan a los curanderos indígenas.»

Los cunas temen mucho a la picadura de la culebra, quien los hostiga con frecuencia cuando andan por las montañas o cultivan sus tierras.

LA PRIMERA VÍBORA

Una vez que Oba, el gran padre de los dioses y los hombres cunas, había creado la tierra, mandó a Píler, su primogénito, para que la poblase y organizase. Los hijos de Píler fueron numerosos, y como en la tierra había muchas cosas que hacer, enseguida comenzaron a ayudar a su padre en la enorme tarea.

Entre los hijos de Píler había dos gemelos, eran Olocuma y Olocuna, dos muchachos que se querían entrañablemente y que siempre andaban juntos correteando por la pelada y lisa tierra.

–Tengo ganas de ser mayor –decía muchas veces Olocuma a su hermano–; tengo ganas de ayudar a los demás y hacer algo que sea bueno para esta tierra.

A Olocuna le sucedía lo mismo, pero como todos consideraban a los dos gemelos con muy poca edad, nadie hacía caso de lo que decían.

Mas pasó el tiempo, y los dos muchachos se convirtieron en dos jóvenes fuertes. Su padre quedó un día asombrado al verlos –pues aún tenía la reciente visión de los dos niños correteando por la arena–, y les dijo:

–Veo que ya son dos hombres. Desde ahora tendrán que ayudarme. Vayan pensando en lo que desean hacer que, mientras tanto, yo les buscaré las que serán sus mujeres.

Los dos gemelos se sintieron llenos de gozo; pues, al fin, había llegado el momento que tanto habían soñado en su infancia, y, en cuanto se vieron solos, comenzaron a imaginar infinidad de cosas.

–Yo –dijo Olocuma– quisiera ver la tierra de otra forma. Es tan parda y arenosa, tan igual, tan plana que está pidiendo algo, aunque no sé qué.

Asintió Olocuna, pues también él había pensado lo mismo.

–Realmente –le contestó–, la tierra resulta fatigosa a la vista. Menos mal que a lo lejos el mar es un descanso. Pero ¿qué podríamos hacer?

–Eso no lo sé –replicó Olocuma–, sólo Oba sabe qué es lo que esta tierra necesita.

Entonces los dos gemelos determinaron consultar al gran padre de los dioses para que les instruyese sobre lo que debían hacer, pero antes esperaron a que Píler les diese las esposas prometidas. Éstas fueron Olonaguiguir y Olocundile.

Después, los cuatro se sumieron en un letargo profundo para ponerse en comunicación con Oba, que hablaba a sus descendientes a través del sueño.

Despertaron lentamente, pues sus miembros parecían adormecidos, y los cuatro se miraron como si apenas se reconociesen. Olocuma dijo al fin:

–He escuchado la voz de Oba; sé que tenemos que cambiar el aspecto de esta tierra.

Entonces su mujer, Olonaguiguir, dijo como si hablase para ella misma:

–Sí; ahora recuerdo. El dios me dijo: baja tu mano y toma lo que cerca de ella encuentres.

Olonaguiguir bajó la mano y cogió un poco de tierra humedecida. Los otros la miraban hacer aquello llenos de un recogimiento profundo. Olonaguiguir miró primero el barro que en su mano había, después a los demás con un gesto de impotencia.

–No sé qué hacer con ello –les dijo.

Pero, impulsada por una fuerza mayor, comenzó a estrujar el barro entre sus manos hasta darle una forma alargada, después lo colocó sobre el suelo y al momento surgió de él el tronco de un árbol. Sin embargo, era tan débil que cayó al primer airecito. Olonaguiguir no desistió de su empeño; tomó de nuevo en sus manos el pequeño tronco, que volvió a convertirse en barro, lo moldeó y lo fijó con fuerza, incrustándolo, en la tierra. Allí echó raíces con las que se fijó a ella fuertemente, y el primer árbol comenzó a crecer pujante. Todos lo miraban entusiasmados, excepto Olonaguiguir que, acuciada por un ciego instinto, cogió más barro e hizo unos finos travesaños que colocó sobre

el tronco. Entonces creyó que su obra había quedado terminada, y dijo:

–Ya está. Esto es lo que Oba me ha mandado que hiciese. Pero mis manos han quedado llenas de pegotes de lodo.

Al mirarse las manos, comprendió que aún le faltaba algo por hacer. Con cuidado fue desprendiendo el barro que a ellas estaba pegado, lo aplastó entre sus dedos y lo colocó en los extremos de los travesaños. Después, con un fuerte suspiro, recobrando su actividad acostumbrada, se levantó.

–Yo he terminado –dijo.

En aquel momento el sol pareció acercarse y concentrar sus rayos sobre el árbol recién nacido. El barro de los travesaños se secó y se fijó fuertemente al tronco. En sus extremos aparecieron tiernas hojitas.

Fue entonces cuando Olocuna sintió que había llegado su hora y, arrodillándose, cogió un puñado de arena que colocó junto a las hojas. El sol seguía calentando, y pronto las arenas fueron creciendo hasta reventar.

–¡Qué hermoso! –gritó Olocundile.

Los cuatro miraban inmóviles el árbol prodigioso. Junto a las hojas y contrastando con su color, habían surgido flores amarillas y encarnadas. Después apareció el fruto: era el cacao.

De este modo, entre los dos hermanos y sus mujeres fueron llenando la tierra pelada de árboles hermosos, y el deseo de los gemelos quedó satisfecho. La visión de aquellos campos ya no era fatigosa como antes, pues desde lejos semejaba un mar de aguas más verdes que las que se extendían a todo lo largo de la costa.

Creyeron ellos que su obra sobre la tierra había terminado y se dispusieron a descansar, pero Oba les tenía reservados aún muchos trabajos, y habló a Olocuna y a su mujer:

–Aún les queda mucho que hacer en la tierra.

–Díganos, Señor, cuáles han de ser las obras de nuestras manos –preguntó Olocuna.

–Han visto –continuó el dios– que son muchos y muy diversos los árboles y las plantas que han crecido. Pero ahora es necesario que las distingan y sepan para qué sirven, pues todas les serán muy útiles. Unas les darán frutos; otras, sin embargo, serán venenosas y pueden causar la muerte.

Entonces, Olocundile preguntó temerosa:

–¿Y cómo las distinguiremos?

Apaciguó Oba el temor de los dos esposos, y les dio la facultad de conocer las virtudes de todas las plantas, y ellos vieron con asombro que algunas poseían la propiedad de curar las enfermedades.

Mientras los dos hijos gemelos de Píler y sus esposas se dedicaban a la tarea encomendada, sucedió que una de las mujeres de la tribu vivía en continuo tormento. Iban sucediéndose los años y, mientras las demás tenían hijos fuertes y hermosos, ella no tenía ninguno. Su carácter se fue haciendo huraño y envidioso, y terminó deseando el mal para todos aquellos que eran felices.

Un día, no pudiendo soportar por más tiempo su situación, llevada por el espíritu maligno, se fue hacia el mar y se escondió entre unas rocas. Todos los días se reunían allí para jugar sobre la arena muchos niños de la tribu, y ella esperó pacientemente la llegada de los muchachos. Éstos no tardaron, y la mujer, llena de contento, imploró al mal espíritu:

–¡Ven y ayúdame! ¡Que la angustia que me atormenta lleve el dolor y la desesperación a estos muchachos y a sus madres!

Al instante, la envidiosa mujer se sintió llena del espíritu del mal y saliendo de entre las rocas corrió hacia los niños. Pero Oba, que vio desde el cielo lo que sucedía, castigó a la mujer, que en un instante perdió su figura y se vio arrastrándose por el suelo. Ella quiso gritar, suplicar al padre de los dioses, pero se sintió impotente para ello, y toda su rabia, su envidia, su rencor, pareció concentrarse en aquel deseo de hablar, mas ya no era posible, se había convertido en un reptil asqueroso: sobre el país de los cunas había aparecido la víbora llena de veneno.

Con cautela avanzó hacia los niños, que jugaban confiados.

–¡Miren, miren qué animal tan extraño! –gritó uno de ellos.

Todos se quedaron quietos mirándola, sin sospechar el mal que podía causarles. Ella siguió avanzando, y, de pronto, alargó su cabeza hasta el niño que había dado la voz de alarma. Gritó él aterrado, pero la víbora lo mordió llena de saña y le dejó su veneno.

Al ver los demás niños lo que sucedía, echaron a correr; uno de ellos se encontró con Olocuna y le explicó lo que había sucedido.

Inmediatamente el gran padre de los dioses puso ante los ojos de Olocuna la visión de la planta cuya sustancia podía contrarrestar el veneno de la víbora. Corrió el joven, cogió al niño mordido y lo llevó en sus fuertes brazos en busca de la planta bienhechora; caminó lleno de angustia, pues comprendía que cada instante que pasaba era esencial, pero a pesar de que tenía una visión clara de la planta, no la hallaba por ninguna parte. ¡Si al menos encontrase a su mujer y a sus hermanos! Ellos eran los únicos que podrían ayudarlo en aquella empresa, pero cada vez se iba alejando más y no era fácil hallarlos. De pronto, cuando ya estaba fatigado y creía que su esfuerzo era inútil, vio entre los árboles la pequeña mata. Su fuerza aumentó en un momento y llegó rápido hasta ella. Al poco rato, el niño dejaba de quejarse; poco después Olocuna lo llevó al poblado.

Desde aquel momento los dos gemelos y sus mujeres comprendieron que con el conocimiento que Oba les había dado de las plantas, podían hacer mucho bien entre los suyos, y a ello consagraron sus vidas.

Pasaron los años, y Oba deseó que comenzase para aquellas cuatro personas un poco de descanso; y Olocuna, a pesar de los muchos conocimientos que poseía para recobrar la salud, enfermó y murió.

Olonaguiguir se consumió de tristeza, de un dolor profundo que le llenaba siempre los ojos de lágrimas. Fue primero un llanto angustiado, irreprimible, enloquecedor; después se fue tornando más sosegado, pero ya no la abandonó durante su vida.

Olonaguiguir se separó de los suyos y, casi enloquecida, caminó a través del bosque, y subió hasta las altas montañas. Sus lágrimas fluían continuamente y caían al suelo fertilizando la tierra reseca. Tan grande fue su llanto, que de él surgieron los torrentes del país de los cunas.

Han pasado miles de años, pero la memoria de los hijos de Piler y sus mujeres se conserva, por las cosas buenas que hicieron en aquella tierra.

(Leyenda cuna)

Los chocóes pueblan el sudeste del istmo en la provincia de Darién, en Panamá. Es zona de selva, de profundos pantanos.

Desde tiempos remotos los indios lavan oro. Son magníficos pescadores y cazan en abundancia.

Utilizan flechas envenenadas en las luchas contra sus enemigos. «Untadas con este veneno, las flechas eran más temibles que las balas de los mosquetes españoles».

En la leyenda se castiga la vanidad y la insensibilidad de una mujer.

LA INDIA COQUETA

Los chocóes levantaron sus bohíos y labraron la tierra, después de limpiar los terrenos vírgenes cubiertos de vegetación. Sus pueblos llenaron de vida lugares antes selváticos, en que sólo las alimañas feroces habían gozado de sus encantos.

Al poco tiempo de estar establecida allí la tribu, nació una niña preciosa, que traía especiales dones de los dioses. Al principio, sólo se pudo apreciar su portentosa belleza: era un verdadero don de los dioses. Al verla, la Luna brillaba más intensamente, las aves lanzaban al aire sus más vibrantes gorjeos, la brisa era más sutil y las flores exhalaban sus más penetrantes perfumes.

Al crecer, se dieron cuenta de otro don extraordinario que poseía. Podía mirar al Sol sin cerrar los ojos y conseguir de él cuanto le pidiera. Su alma pura sólo miraba al Sol para pedir algo para todos los suyos. Toda la tribu veía en la niña un hermoso tesoro, una incomparable recompensa a los dolores y desgracias sufridas antes de su nacimiento. Todo cuanto pidieron al Sol por su intercesión fue justo y necesario y jamás la obligaron a pedir nada innoble, ni en contra de los derechos de otros pueblos, ni siquiera en contra de aquellos que les privaron de sus tierras y poblados, los cunas.

Llegó la muchacha a la adolescencia sin darse cuenta de su extraordinaria belleza. Fue una tarde, bañándose en el río, cuando vio su imagen retratada en las aguas y ella misma se admiró de tal prodigio. Su inocente serenidad se perturbó para siempre y dio paso a la inquietud y la vanidad. Los suyos la llamaban Setetule, por la hermosura incomparable de su cuerpo. Desde entonces, ella vivió constantemente preocupada por su

belleza y pasaba las horas junto al río contemplando su figura reflejada en las aguas serenas.

Olvidó su poder de hacer el bien a las gentes y no se preocupó más del dolor ajeno. Su alma se volvió indiferente a todo; su corazón, completamente insensible.

Su belleza se hizo famosa en todos los pueblos cercanos y lejanos. A contemplarla acudían de todos los lugares, y los aspirantes a ser amados por Setetule eran incontables. Ella los despedía uno a uno, sumiéndolos en la más desesperada locura. Su única y constante preocupación era el culto a su belleza.

Entre los que llegaron y fueron fascinados por la joven chocó, estaba Moli Suri, mago poderoso de la raza de los cunas. Ofreció a Setetule cuanto una mujer puede ambicionar. Le prometió traerle las plumas del quetzal y la flor del ambasarú. Ella dudó al oír tales promesas, porque sabía a lo que estaba expuesto quien fuera a buscar aquella extraña flor, que hacía olvidar todos los males. Su corazón, contra su voluntad, se inclinaba a amar a Moli Suri.

Al darse cuenta, quiso cortar, antes de nacer, aquella traicionera pasión. Y con los ojos negros encendidos en cólera, volvió la mirada al Sol, para pedirle que la librara de ella. Pero entonces, sus ojos, antes insensibles a los resplandores del Sol, tuvieron que cerrarse, incapaces de mantener en sus pupilas los rayos fulgurantes que la hacían verter lágrimas de dolor. Al abrir de nuevo sus ojos, vio delante a Moli Suri, que la observaba con irónica sonrisa.

Setetule comprendió que aquel hombre hechicero y poderoso había interpuesto su voluntad para que el dios Sol desoyera su ruego. Él era también un ser excepcional, dotado, como ella, de dones invisibles.

Moli Suri no le perdonaba su desvío. Y pidió para la hermosa e insensible joven el castigo que merecía por haber pretendido llevarlo a la desesperación y la locura en que todos los demás pretendientes habían sido hundidos.

Los dioses oyeron a Moli Suri. La soberbia y deslumbrante belleza tendría un suplicio eterno.

Y dijo el mago:

—Quedarás dormida profundamente hasta que los dioses cambien su voluntad.

Al oírle, Setetule cayó al suelo, sumida en un sopor indominable. Moli Suri la tomó en sus brazos y corrió sin descanso, atravesando bosques y ríos, hasta llegar a la sierra Talarcuna.

Allí dejó caer en tierra el cuerpo de la muchacha. Y en aquel instante, convertido en piedra, se irguió, entre las montañas, el cerro de Setetule. Mori Suri, con su gran poder, ocultó en su seno un tesoro de metales preciosos.

Los hombres, llevados por la ambición y la codicia, rompen el cerro cada día, año tras año, buscando los tesoros que oculta celosamente.

Todos ignoran que cada hendidura es una herida en el maravilloso cuerpo de Setetule, condenada a la interminable tortura de ver cómo destrozan su belleza, causante de la muerte de tantos enamorados.

(Leyenda chocó)

El etnocidio llevado a cabo por los conquistadores dejó muy poca huella de la cultura espiritual de los aborígenes cubanos. Pero los estudios realizados por los especialistas, sobre todo los arqueólogos, han arrojado alguna luz sobre sus costumbres y hábitos. Así se han hallado cerámicas donde está presente, de forma recurrente, el murciélago.

En esta leyenda, donde hay más de una historia, se insiste en la condena a la veleidad de la mujer.

LA INDIA DORMIDA

En el poblado amerindio de Yucayo, junto al río Guainey, actualmente parte de la ciudad de Matanzas, a la orilla del río San Juan, el pequeño Guacumao cumplía años de edad. Su tío materno y cacique de Yucayo, el bien amado jefe Yumurí, le regalaba una pulida hacha de dura piedra verdosa, y le prometía llevarlo en su canoa hasta el río Jibacabuya que, desde la muerte de Canimao, era llamado por todos río Canimao.

Guacumao era el hijo póstumo del valiente Canimao y de Cibayara, la única hermana de Yumurí.

Sabía Guacumao que su padre se había autosacrificado al Dios Murciélago para pagar por la vida y la salud de su madre, y que la muerte se la había dado, con mano segura, abriéndose el pecho en una canoa en el centro del río Jibacabuya que, en sus aguas, escondió el cuerpo de Canimao para siempre; porque el Jibacabuya es la boca por donde recibe las ofrendas el Dios Murciélago.

Y Guacumao estaba orgulloso de su padre, que era un héroe del cacicazgo de Yucayo.

Guacumao había regresado del río que guardaba los restos mortales de su padre. Acababa de comer, todavía sus manos jugueteaban con un pedacito de casabe. Y le repetía a su madre, la dulce Cibayara, que había visto al behíque Macaorí, y que éste le había contado a su tío Yumurí una historia, la historia de Baiguana que estaba allá lejos, dormida y convertida para siempre en montaña.

Y Guacumao, excitado, decía:

–Mamá, yo vi a Baiguana desde el bohío del behíque Macaorí... Yo sé cómo es Baiguana.

Y Cibayara, comprensiva, oyó por tercera vez la historia de labios de su hijo:

–Baiguana era una mujer muy bella que enloquecía a los hombres porque a todos buscaba y a todos se entregaba... Baiguana, que vivió cuando la bahía de Yucayo estaba seca y era como un valle grande y verde con un largo río que se alimentaba de otros ríos, fue obligada a residir muy lejos de la costa. Pero todos los hombres iban hacia Baiguana, y la pesca y la caza eran abandonadas, y los sembrados de yuca, de maíz y boniato se perdían.

»El cacique de entonces, Maguaní, fue al río Jibacabuya, que era el más poderoso afluente del río largo, para hablarle a la boca de agua del Dios Murciélago y pedirle consejo; para que el dios le indicara cómo resolver el asunto de la bella y ardiente Baiguana.

»Y el cacique Maguaní llevó de regalo a Baiguana un pescado mágico, cogido por orden del Dios Murciélago en el río Jibacabuya. Y Baiguana lo comió y cuando la luna estaba en lo alto se acostó a dormir frente a su bohío mirando a la luna...

»Pero cuando el sol tiró sus flechas de sangre sobre la tierra, Baiguana se había hecho gigantesca y de piedra.. Baiguana ya solamente era una montaña con forma de mujer dormida... Era la india dormida.«

Había pasado el tiempo. Yumurí estaba muerto, abrazado a su amada Albahoa, dentro de las entrañas del río Babonao.

Ahora Yucayo tenía un joven cacique: Guacumao. Y también tenía una bella mujer con sangre de fuego, como la Baiguana convertida en montaña.

Esa mujer, joven, era la irresistible Aibamaya.

Al cacique Guacumao se le planteaba el mismo problema que tuvo que resolver Maguaní.

Y Guacumao estaba preocupado... Y Cibayara confió a su hijo Guacumao lo que le había profetizado el behique Macaorí, cuando le salvó la vida por orden del Dios Murciélago; el behique había dicho que de ella, de Cibayara, tenía que nacer un hombre que haría dormir, hecha piedra, a una mujer que mataba por amor...

Pero el behique Macaorí hacía muchas lunas que había muerto y no se le podía consultar.

El Dios Murciélago no respondió nunca a las llamadas que le hacía Guacumao cuando iba al río de su padre, el Jibacabuya, que todos llamaban río Canimao, para pedirle consejo y así

poder resolver el caso de Aibamaya, la bella mujer que tenía enloquecidos a los hombres de Yucayo.

Una noche Guacumao soñó que una mano grande que soltaba murciélagos, con gestos le ordenaba llevarse en una canoa a la bella Aibamaya hasta la punta de tierra donde termina, por un lado, la bahía de Yucayo. Y la mano grande aseguró que allí se volvería Aibamaya una mujer de piedra.

Cuando Guacumao despertó, contó a su madre Cibayara el sueño. Y ambos creyeron que al fin el Dios Murciélago daba una respuesta a las muchas llamadas que le hizo Guacumao.

El mar cantaba al morder las piedras de la costa. Un bohío a medio terminar se levantaba entre el pantano y el cantar del agua mordedora...

Aibamaya preparaba un ajiaco, bien condimentado con ajíes y sal... Hacía tres semanas que vivía con el cacique Guacumao a la entrada de la bahía de Yucayo.

Allá, en el mar, Guacumao pescaba .. Era feliz con el cuerpo que le regalaba diariamente Aibamaya... Y se sentía dulcemente triste, porque ahora sabía que su corazón se le había perdido entre los brazos de Aibamaya... ¿Cómo podría cumplir su terrible deber?... ¿Cómo pedirle al Dios Murciélago el medio mágico necesario para hacer dormir a Aibamaya y convertirla en piedra?...

Nunca volvieron al poblado de Yucayo el cacique Guacumao y la irresistible Aibamaya.

Por las noches, junto a la hoguera, cuentan los pescadores amerindios de Yucayo, que frente a la punta de tierra en que termina la bahía por un lado, muchas veces se ven dos rocas blancas bajo el agua del mar, rocas que son el cacique Guacumao y la mujer con fuego en la sangre que él amó, convertidos en piedras por el poder del Dios Murciélago. Así el Dios arrancó, para bien de Yucayo, la vida de la mujer que mataba por amor, y libró a Guacumao del terrible deber de hacer dormir, hecha piedra, a Aibamaya...

(Leyenda ciboney)

Los ciboneyes poblaron distintas regiones de la Isla, pero principalmente estuvieron asentados en la costa sur de La Habana, Matanzas, Las Villas y Camagüey.

En esta leyenda vemos de nuevo la unión de la pareja, la más vieja institución social, pero además algo que es también muy antiguo, los celos.

Es interesante ver cómo este conflicto a la vez que pretexto para dar la génesis de ríos, península y peces, es también expresión de sentimientos y conductas del amerindio.

GUANAROCA

En los tiempos más remotos, Huion, el Sol, abandonaba periódicamente la caverna donde se guarecía para elevarse en el cielo y alumbrar a Ocon, la Tierra, pródiga y feraz, pero huérfana todavía del humano ser. Huion tuvo un deseo: crear el hombre, para que hubiera quien lo admirara y adorara, esperando todos los días su salida, y viese en él al poderoso señor del calor, la luz y la vida.

Al mágico conjuro de Huion, surgió Hamao, el primer hombre. Ya tenía el astro rey quien lo adorara, quien lo saludara todas las mañanas con respetuosa alegría desde los alegres valles y altas montañas. Esto le bastaba a Huion y no se preocupó más de Hamao, a quien el gran amor que por su creador sentía no bastaba para llenarle el corazón. Veíase solo en medio de una naturaleza espléndida, dotada de una vegetación exuberante, poblada de seres que se juntaban para amarse. En medio de la universal manifestación de vida y amor, sentía Hamao languidecer su espíritu y le afligía la inutilidad de su vida solitaria.

La sensible y dulce Maroya, la Luna, se compadeció de Hamao, y para dulcificar su existencia, le dio una compañera, creando a Guanaroca, o sea la primera mujer. Grande fue la alegría del primer hombre. Al fin tenía un ser con quien compartir goces y penas, alegrías y tristezas, diversiones y trabajos. Los dos se amaron, con frenesí, con inacabable pasión, sin saber todavía lo que era el hastío. De su unión nació Inao, el primer hijo.

Guanaroca, madre al fin, puso en el hijo todo su cariño, y el padre, celoso, creyéndose preterido, concibió la criminal idea de arrebatárselo. Una noche, aprovechando el sueño de

Guanaroca, cogió Hamao al tierno infante y se lo llevó al monte. El calor excesivo y la falta de alimento produjeron la muerte de la débil criatura. Entonces el padre, para ocultar su delito, tomó un gran güiro, hizo en él un agujero y metió dentro el frío cuerpo del infante, colgando después el güiro de la rama de un árbol.

Notando Guanaroca, al despertar, la ausencia del esposo y del hijo, salió presurosa en su busca. Vagó ansiosa por el bosque, llamando en vano a los seres queridos, y ya, rendida por el cansancio, iba a caer al suelo, cuando el grito estridente de un pájaro negro probablemente el judío, le hizo levantar la cabeza, fijándose entonces en el güiro que colgaba en la rama de un próximo árbol [...] Guanaroca se sintió compelida a subir al árbol y coger el güiro.

Observó que estaba perforado y con espanto creyó ver en su interior el cadáver del hijo adorado. Fue tan grande el dolor y tan intensa la emoción, que se sintió desfallecer y el güiro se escapó de sus manos, cayendo al suelo; al romperse vio con estupor que del güiro salían peces, tortugas de distintos tamaños y gran cantidad de líquido, desparramándose todo colina abajo. Acaeció entonces el mayor portento que Guanaroca viera: los peces formaron los ríos que bañan el territorio de Jagua, la mayor de las tortugas se convirtió en la península de Majagua, y las demás, por orden de tamaño, en los otros cayos. Las lágrimas ardientes y salobres de la madre infeliz, que lloraba sin consuelo la muerte del hijo amado, formaron la laguna y laberinto que lleva su nombre: Guanaroca.

(Leyenda ciboney)

GLOSARIO

Babonao: Río Yumurí, en Cuba.

Baiguana: Hoy loma del Pan, en Cuba.

Bastón de ritmo: Instrumento musical, pero además se le atribuían poderes mágicos para alejar los maleficios.

Canimao: Río, Canímar, en Cuba.

Casabe: De la yuca, los taínos y los caribes obtenían una especie de pan, esto constituía la base de su alimentación.

Cuauhxicalli: Recipiente que usaban los aztecas para recoger la sangre durante los sacrificios.

Chía: La luna entre los chibchas.

Chimalli: Escudo. Los aztecas hacían esta arma defensiva de cañas trenzadas y la recubrían con una tela de algodón gruesa. Además, la adornaban con plumas o metal más o menos ricos, según la categoría del dueño.

Gucumatz: Serpiente cubierta de plumas verdes. Es la versión quiché de Quetzalcoált, el rey tolteca, conquistador, civilizador y dios de Yucatán.

Hunahpú: Un cazador.

Ixbalonqué: Tigre pequeño o pequeño brujo.

Jibacabuya: Río Canímar, en Cuba.

Juruvá: Pájaro del Brasil.

Macana: Maza con puntas.

Moquem: Parrilla hecha de varas.

Oba: Creador del Universo, según los cunas.

Parintintim: Pertenecen a la familia de los tupí-guaraníes, asentados en el Amazonas.

Pécari: Mamífero americano, parecido a los jabalíes del Viejo Continente.

Piler: Primogénito de Oba.

Sangab: Carnada.

Saracura: Ave del Brasil.
Taba: Aldea de los indígenas del Brasil.
Tepeu: El rey o soberano.
Teopixques: Sacerdotes aztecas.
Tiráwa: Dios supremo de los pawnees.
Tizate: Del náhuatl tizatl, yeso.
Tupá: El dios bueno de los guaraníes.
Vucub-Caquix: Siete Guacamayos.
X'men: Curandera, adivina.
Xnuc-ek: Venus.
Wiraqucha: Ser supremo de los incas.
Yucayo: Bahía de Matanzas, en Cuba.
Zacate: Forraje de plantas gramíneas.

BIBLIOGRAFÍA

Bibliografía activa

(Esta bibliografía la integran los libros que sirvieron de fuente para la selección. Aparece en el orden de las leyendas.)

Herminio Almendros. *Oros viejos.* Editorial Gente Nueva. Instituto Cubano del Libro, La Habana, 1974.

Samuel Feijóo (Comp.). *Mitología americana.* Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1983.

José Alcina Franch (Comp.). *Floresta literaria de la América indígena.* Editorial Aguilar, Madrid, 1957.

Popol Vuh. Editorial Gente Nueva, La Habana, 1979.

Historias del Popol Vuh. CONAFE. México, D. F., 1985.

Vicente García de Diego. *Antología de leyendas de la literatura universal.* Editorial Labor, Barcelona, 1958.

Nuestros hermanos los huicholes. CONAFE. México, D. F., 1985.

Rafael Morales. *Leyendas de los Andes.* Editorial Aguilar, Madrid, 1959.

Nicasio Tangol. *Chiloé, archipiélago mágico.* Colección Nosotros los chilenos (Tomo II), Santiago de Chile, 1972.

Ernesto Morales. *Leyendas guaraníes.* «El Ateneo», Buenos Aires, 1960.

Cuentos, mitos y leyendas para niños de América Latina. Editorial Plus Ultra (Argentina); Editorial Atica (Brasil); Editorial Norma (Colombia) y Ediciones Ekaré (Banco del Libro, Venezuela), 1981.

Ramón D. Perés, *La leyenda y el cuento populares.* Editorial Ramón Sopena, S. A. Barcelona, 1973.

Ernesto Morales. *Leyendas Guaraníes.* Editorial Gente Nueva, 1979.

Bertha Ilg. Koessler. *Cuentan los araucanos.* Editorial España-Calpe, Buenos Aires, 1954.

Rafael Morales. *Leyendas del Caribe.* Editorial Aguilar, 1967.

Rafael Morales. *Ibidem.*

Teresa Arango Bueno. *Precolombia.* Madrid, 1954.

Rafael Morales. Obra citada.

Luis Alberto Paúl (Selecc.). *Leyendas indígenas de Venezuela.* Ministerio de Información y Turismo, Caracas, 1978.

Rafael Morales. Obra citada.

Samuel Feijóo. Obra citada.

Salvador Bueno (Comp.). *Leyendas cubanas.* Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978.

Bibliografía pasiva

(Otros libros que nos ayudaron en la confección de las notas y en la introducción.)

Bueno, Salvador (Comp.). *Leyendas cubanas.* Editorial Arte y Literatura, La Habana, 1978.

Feijóo, Samuel (Comp.) *Mitología americana.* Editorial Arte y Literatura, Ciudad de La Habana, 1983.

Galich, Manuel. *Nuestros primeros padres.* Casa de las Américas, Ciudad de La Habana, 1980.

Prietos Alberto. *Las civilizaciones precolombinas y su conquista.* Editorial Gente Nueva, Ciudad de La Habana, 1982.

ÍNDICE

Introducción 5

Leyendas de Norteamérica

La conquista del fuego 13
La creación de la mujer 18
El hombre oso 21

Leyendas de Centroamérica

Historia de Cabracán 29
La creación de los hombres de maíz 34
La paloma torcaz 38
Leyenda del fuego 44
El nopal 47

Leyendas de Suramérica

El mensajero del Sol 53
Tentenvilú y Caicaivilú 61
El robo del fuego 64
La mandioca 69
El colibrí 73
Pitá-Moroti 77
Kalahuala, la reina de las perlas 80

Leyendas del Caribe

La tierra desolada 85
El Dorado 92
La suerte del morrocoyo 100
Los montes de la Guajira 103
Omawë 111
La primera víbora 114
La india coqueta 120
La india dormida 124
Guanaroca 129
Glosario 131
Bibliografía 133

Este libro ha sido procesado en el Combinado Poligráfico
"Alfredo López" del Ministerio de Cultura,
terminado en el mes de abril de 1987.
Año 29 de la Revolución.
Ciudad de La Habana.
011-04